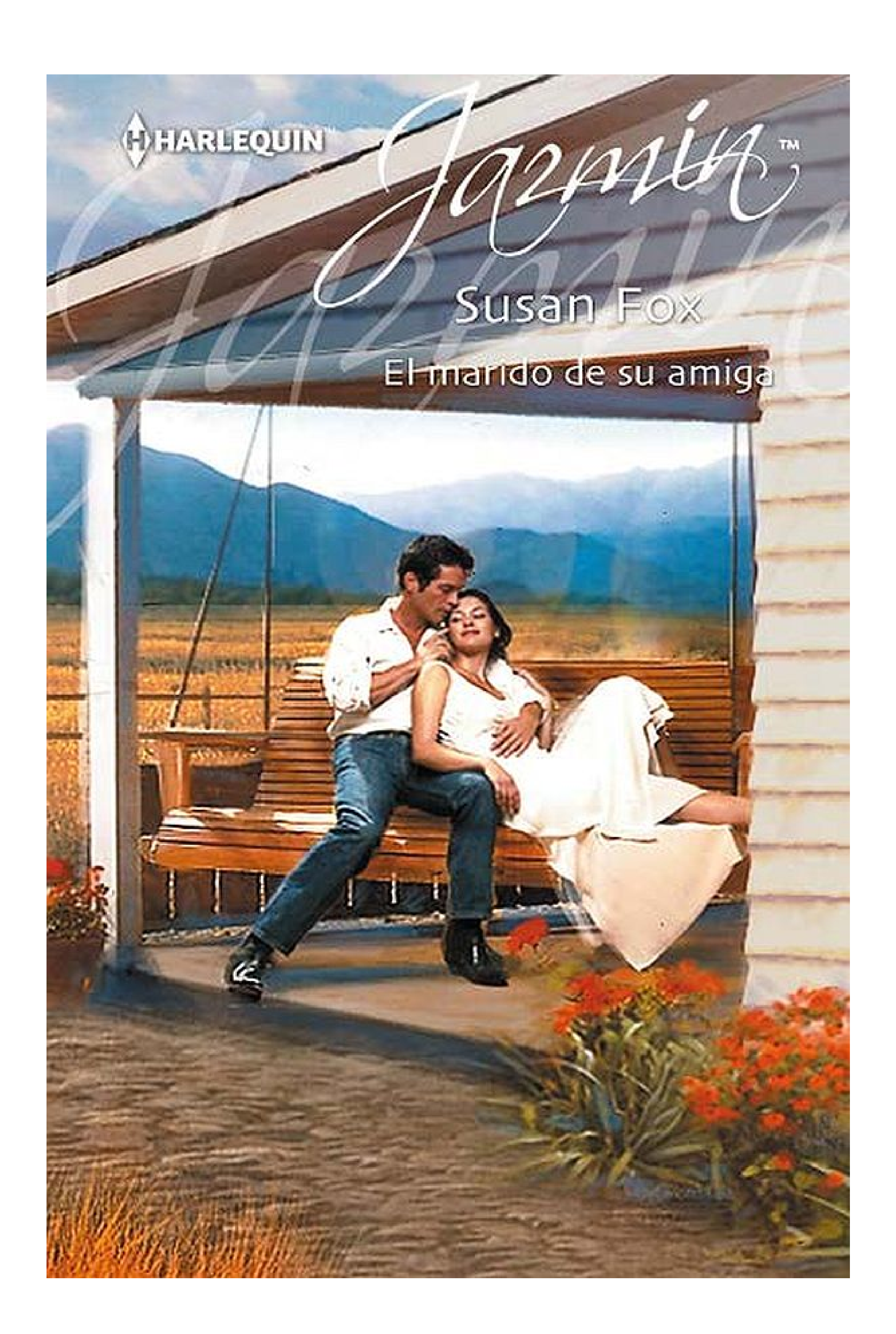

HARLEQUIN
Jazmín™
Susan Fox
El marido de su amiga

¿Cómo conseguiría que su marido la viera como una esposa de verdad?

Al quedarse viudo y sólo para criar a su pequeño, Reece Waverly decidió acudir a Leah Gray. Sabía que su buena amiga sería la esposa y madre perfecta. Aquello era un matrimonio de conveniencia, pero Reece no tenía la menor idea de que Leah llevaba años enamorada de él.

Leah intentó convencerse de que podía seguir adelante con el plan por el bien del niño, pero tras un año de convivencia se vio obligada a admitir que lo que ella quería era ser algo más que una esposa contratada…



Susan Fox

El marido de su amiga

Jazmín - 1829

(Matrimonio de conveniencia - 1)

ePub r1.0
LDS 18.11.16

Título original: *Contract bride*
Susan Fox, 2003
Traducción: Iñigo Azurmendi Muñoa
Publicado originalmente: Mills and Boon Tender Romance (MTR) - 218 / Harlequin Romance (HR) - 3764
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Prólogo

Se casaron aquella mañana ante un juez del condado. Debido a que la breve ceremonia no era tanto una celebración como un tecnicismo legal, sus testigos fueron un par de administrativos del juzgado a los que el juez llamó en el último momento.

El juez no hizo ningún comentario sobre la sombría quietud de la novia y el novio, aunque se fijó unos momentos en el bebé que el padre sostenía en brazos envuelto en una manta blanca y comentó lo guapo que era.

El juez había oído rumores sobre la pareja que tenía ante sí. Hacía cuatro meses que el novio había enviudado, cuando su mujer murió de repente unos días después de dar a luz a su hijo. La novia había sido la mejor amiga de la esposa.

Sin duda, algunas personas considerarían que aquel matrimonio era un pequeño escándalo. Tal vez lo fuera, pero el juez estaba dispuesto a tomárselo con calma. Conocía a Reece Waverly socialmente y por su reputación. Por su parte, Leah Gray se había graduado en el instituto de la zona y a veces enseñaba en la escuela dominical.

El juez sólo necesitó una mirada para saber que aquel matrimonio no se celebraba por amor, y por un momento dudó. La expresión de Reece era la de un hombre asolado por la tragedia y la novia no parecía menos abatida. Si alguno de ellos le hubiera consultado con tiempo respecto al paso que iban a dar, les habría aconsejado que no hicieran algo tan drástico.

Pero ya que ambos eran adultos competentes para llegar a

acuerdos y asumir responsabilidades, adoptó la imparcialidad de su posición como juez y llevó adelante la ceremonia.

Capítulo 1

Leah Waverly entró en el estudio y vio con alivio que el hombre con el que llevaba once meses casada se hallaba de pie en el umbral de la puerta del patio en lugar de trabajando en su escritorio. Con una mano apoyada en el marco y la otra metida en el bolsillo delantero de sus vaqueros, Reece contemplaba con expresión taciturna las sombras del patio trasero.

Leah supo que le había oído llegar porque notó la repentina y sutil tensión de sus hombros. Sí, últimamente se había mostrado muy tenso cada vez que la tenía cerca, pero también había captado en él cierto matiz de inquietud e insatisfacción. ¿Se habría recuperado lo suficiente de la muerte de Rachel como para replantearse seriamente sobre lo que habían hecho?

Aquella pregunta había agobiado a Leah durante semanas, y ya no podía soportar por más tiempo su temor a la respuesta. Lo mejor sería enterarse cuanto antes de la verdad.

Pero, por muy cuidadosamente que planteara sus dudas, Leah ya sabía que la respuesta de su marido nunca sería la que esperaba. Reece sepultó su corazón destrozado cuando enterró a Rachel, y lo poco que le había quedado lo había dedicado de lleno a su hijo. No había quedado nada para la mujer con que tan repentinamente se había casado, y Leah se había ido haciendo más y más consciente de ello según habían ido pasando los meses.

Conocía a Reece lo suficiente como para saber que nunca le pediría el divorcio, de manera que iba tener que ser ella la que diera el paso. Estaba segura de que aquello supondría un alivio para

él, y cuando le asegurara que estaba dispuesta a llegar a un acuerdo pacífico para compartir la custodia del pequeño Bobby, se alegraría de poder seguir adelante con su vida.

Aunque Leah había sabido desde el principio que aquel momento sería inevitable, había esperado tontamente que Reece llegara a desarrollar alguna clase de afecto por ella. La amistad entre un hombre y una mujer solía convertirse a menudo en amor, tal vez no la clase de amor apasionado que Reece había sentido por Rachel, pero sí un amor tranquilo y satisfactorio.

Pero según había ido pasando el tiempo se había visto obligada a reconocer que, sencillamente, no había nada entre ellos. Nunca había habido una palabra cariñosa entre ellos, una mirada que interpretar. Y ya estaba segura de que nunca las habría. Finalmente había llegado a la conclusión de que amaba a Reece lo suficiente como para querer volver a verlo feliz, aunque no fuera a compartir aquella felicidad con ella.

Lo que más lamentaba era que Bobby fuera a tener que crecer yendo y viniendo entre un padre y una madre adoptiva que habían llegado a un acuerdo tan insensato. Aunque Reece se había casado con ella para que el niño estuviera protegido en caso de que a él le sucediera algo, Leah había llegado a comprender con el paso de las semanas y los meses que habría sido más prudente esperar.

El hecho de haberse aprovechado de la preocupación de Reece por motivos egoístas era algo que probablemente nunca llegaría a perdonarse. Y ése era el motivo por el que quería hacer aquello por él. De todos modos, ya no estaba segura de cuánto tiempo más iba a poder vivir con él, porque el distanciamiento que había entre ellos ya era demasiado doloroso.

Cuando Reece bajó la mano del marco y se volvió, Leah sintió de nuevo el pesado dolor del anhelo y el amor que la habían torturado secretamente durante años.

Reece Waverly era un hombre grande, de más de un metro ochenta, con hombros anchos, brazos musculosos y piernas largas y fuertes. Se había duchado antes de la cena y vestía unos vaqueros y una camisa blanca recién limpios. Perpetuamente triste y taciturno, su piel morena y curtida le hacía parecer un hombre duro y áspero. Su rostro, abiertamente varonil, resultaba aún más dramático a causa de sus ojos oscuros, sus cejas negras y su fuerte mandíbula. La

delgada línea de su boca contenía un matiz de crueldad de la que Leah jamás había sido testigo.

Sin embargo, su aspecto era totalmente distinto al que había tenido cuando Rachel aún vivía. Entonces era un hombre más suave, menos intimidante, más dado a las sonrisas y las miradas burlonas. También era más abierto y hablador, y su sentido del humor y encanto masculino resultaban irresistibles.

Pero entonces Reece se encontraba en la cima del mundo, completamente enamorado de Rachel y feliz ante la perspectiva del hijo que iban a tener.

A pesar de lo culpable que se había sentido siempre por amarlo, Leah echaba de menos al hombre que Reece había sido casi tanto como a Rachel.

Su corazón se encogió al pensar aquello y estuvo a punto de echarse atrás. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para seguir donde estaba.

—¿Sigue pareciéndote bien que hablemos ahora? —preguntó.

La oscura mirada de Reece se posó en su rostro. Cuando sus miradas se encontraron, Leah tuvo la desagradable sensación de que había leído sus pensamientos.

Y tal vez había sido así, porque su sombría expresión se endureció.

—Nunca has necesitado una cita para hablar conmigo, Leah. Ya te lo he dicho antes.

Leah apoyó las manos unidas en su regazo y notó que temblaban.

—Es cierto —dijo—, pero parecías muy pensativo.

Reece entrecerró los ojos. Era evidente que se estaba fijando con gran atención en la expresión de Leah y en su actitud, cosa que a ella no le extrañó, dada la tensión que sentía.

—Siéntate —dijo.

Leah ocupó una silla mientras él permanecía de pie. Como siempre, su actitud era claramente distante. Ella trató de concentrarse en lo que pretendía hacer, pero le estaba costando verdaderos esfuerzos conseguirlo.

Si hubiera creído que había la más mínima posibilidad de que Reece llegara a sentir algo por ella, no estaría a punto de hacer aquello. Pero la profunda incomunicación que había entre ellos era

prueba suficiente de que aquello nunca llegaría a suceder. Decidió empezar con algo suave.

—Aún no me has dicho si piensas ir al rancho Donovan para la barbacoa del sábado pero, decidas lo que decidas, quería que supieras que yo sí voy a ir. Ya he arreglado las cosas para que alguien se haga cargo de Bobby, a menos que quieras quedarte tú a solas con él. Si decides ir, podemos llamar a la canguro o llevárnoslo con nosotros. Habrá otros niños en la barbacoa, así que creo que les gustará.

—¿Cuándo has decidido todo eso? —La voz de Reece sonó como un gruñido de clara desaprobación.

En todos aquellos meses, Reece no había cuestionado en ninguna ocasión sus decisiones. Le había preguntado a menudo por las decisiones que había tomado referentes al niño, pero sólo para informarse. Nunca había hecho comentarios sobre las decisiones que ella había tomado en referencia a sus actividades personales, de manera que aquello era una primicia.

Leah jugueteó nerviosamente con las manos sobre su regazo.

—Cuando te lo recordé la semana pasada no pareciste muy interesado. Como no estamos acostumbrados a hacer las cosas juntos, pensé que no te importaría que fuera.

La sombría expresión de Reece se había vuelto casi pétrea, y la ansiedad de Leah aumentó. Lo había irritado, aunque no entendía por qué. Aunque el genio de Reece era legendario, jamás lo había manifestado contra ella ni contra su hijo. Informarle de que iba a ir a la barbacoa de un vecino parecía algo demasiado nimio como para que aflorara.

Sin embargo, un tenso silencio fue creciendo entre ellos. Leah tuvo que recordarse que Reece era un hombre bueno y justo. No tenía nada que temer de alguien como él, por mucho genio que tuviera. Nunca habría aceptado aquel acuerdo, ni lo habría adorado durante todos aquellos años, de no haber sabido aquello con completa certeza.

El verdadero peligro residía en que Reece llegara a enterarse de algún modo de cuánto lo amaba, y que entonces la rechazara abiertamente o, peor aún, que se apiadara de ella.

—No has obtenido mucho de nuestro acuerdo, ¿verdad?

La pregunta de Reece fue totalmente directa, y un indicio de que

tal vez había adivinado el verdadero motivo por el que Leah quería hablar con él. El tono de su voz se había suavizado, aunque no su expresión.

Leah sintió algo, tal vez pesar, tal vez culpabilidad, pero descartó enseguida aquella sensación. Un corazón anhelante siempre vería un banquete en unas migajas. El orgullo se alzó en su interior para impedirle revelar el más mínimo destello de sus verdaderos sentimientos.

—He obtenido justo lo que esperaba —dijo, y se obligó a sonreír —. Y tengo a Bobby. Poder amarlo y criarlo es más que suficiente.

Leah trató de no parpadear tras la mentira a medias de la última parte. Aunque a sus veinticuatro años solo había sido precipitadamente besada en una ocasión por un chico que lo único que pretendía era avergonzarla, sentía la misma necesidad de afecto y ternura que cualquier otra mujer.

—De manera que estás satisfecha con cómo han ido las cosas — las palabras de Reece fueron una afirmación, no una pregunta.

Leah captó un brillo de cinismo en sus ojos y no entendió a qué venía. Tampoco entendía por qué había hecho aquel comentario.

Los once meses anteriores habían girado en torno al niño, el rancho y la cooperación entre una esposa que se ocupaba de la casa y el niño y un ranchero que pasaba muchas horas del día trabajando al aire libre y ocupándose de los papeleos en su despacho. La esterilidad emocional entre ellos había resultado tan entumecedora que Leah se había preguntado en más de una ocasión si eran siquiera amigos.

—Ambos hemos hecho lo que acordamos hacer —dijo, y tuvo que bajar la vista ante la penetrante mirada de Reece.

—Recuerdo que hablamos de algo más que de proteger al niño cuando empezó todo esto.

Aquel recordatorio descentró por completo a Leah. Recordaba los comentarios de Reece sobre el tema con angustiosa claridad. Los había hecho en aquella misma habitación y casi a la misma hora del día.

Había sido la única ocasión en que uno de ellos había mencionado la posibilidad de tener más hijos.

—Supongo que el sexo formará parte del trato, ya que estamos hablando de casarnos —había dicho Reece, y a ella aún le dolía

recordar su expresión desolada, casi como si estuviera resignado a la tarea sólo porque la consideraba una obligación marital—. Supongo que durante un tiempo no pasará nada —continuó, y apartó la mirada antes de añadir—, pero ambos tenemos necesidades.

Por su tono, Leah tuvo la impresión de que la idea de mantener relaciones sexuales con alguien que no fuera Rachel no sólo le desagradaba, sino que tampoco podía imaginar que el sexo pudiera volver a ser algo más que una función meramente biológica.

Al menos, Reece no había insultado su evidente falta de atractivo rechazando de lleno la posibilidad de mantener alguna vez relaciones sexuales con ella. Y ya que le había hecho saber que estaba dispuesto a tener otros hijos con ella si así lo quería, al parecer no la había considerado una receptora indigna de su semilla.

Pero habían pasado once meses y si Reece había sentido en algún momento una «necesidad», Leah nunca había llegado a enterarse de ello, lo que venía a confirmar su idea de que la valoraba tan poco que ni siquiera pensaba en ella en términos de sexo.

La profunda voz de Reece le hizo volver al presente.

—Lo recuerdas, ¿verdad?

Deslizó rápidamente su oscura mirada por el cuerpo de Leah, tan rápidamente que casi pareció un gesto mecánico.

Leah sintió que se ruborizaba con una mezcla de vergüenza y de indignación femenina. Sin haberse tocado ni siquiera por accidente durante aquellos meses, y sin la más mínima muestra de afecto personal por parte de Reece, el sexo era lo último en que se le ocurriría pensar. Sobre todo cuando la mirada que acababa de dirigirle Reece había sido tan claramente obligada. Ni siquiera ella estaba tan hambrienta de amor como para permitir que la utilizaran con tanta frialdad.

—Creo que hemos ido más allá del punto en que las cosas de las que hablamos aquella noche podrían haber tenido sentido —dijo rígidamente, sin mostrar su dolor—. Creo que tú también te habrás dado cuenta de ello.

El corazón le latía con tal fuerza que se sentía un poco aturdida. Su rechazo había hecho que la mirada de Reece pareciera

desprender chispas. Se esforzó por mantener un tono de voz calmado.

—Ninguno de los dos podía pensar con claridad tras la muerte tía Reece —continuo—. Añora que hemos tenido estos meses para poner las cosas en perspectiva, creo que ambos tenemos dudas respecto a seguir juntos.

Ya estaba. Lo había dicho y el mundo no se había terminado. Reece seguía en silencio. Leah trató de no moverse en el asiento mientras el la taladraba con la mirada. Había algo en su forma de hacerlo que la compelía a seguir, algo que sugería que necesitaba escuchar más para quedar convencido. Leah lo intentó.

—Como he dicho, tomamos la decisión de casarnos en un momento en que no éramos nosotros mismos —dijo con calma—. Últimamente me has parecido… infeliz. De un modo distinto que antes, así que… he pensado que ha llegado el momento de hablar de la necesidad de un cambio, aunque el cambio que parece más razonable es el divorcio.

El silencio que siguió a sus palabras invadió la habitación como si se hubiera tratado de un trueno. Y tal vez lo había sido, porque la tormenta se hizo repentinamente visible en el duro rostro de Reece. Abrió los ojos con enfadada sorpresa y la implacable línea de su boca parecía más una promesa que una vaga amenaza.

—¿Me estás pidiendo el divorcio? Leah sintió que su corazón latía aún más deprisa y se obligó a mover la cabeza.

—Hay una diferencia entre pedir el divorcio y ofrecerlo —en el momento en que aquellas palabras salieron de su boca se preguntó por qué lo había expresado de aquella manera. Podría haber respondido con un simple «sí»—. He hecho la oferta —dijo, y logró que su voz no fuera un reflejo del dolor y la infelicidad que sentía —. Lo que hagas con ella es cosa tuya.

Se puso en pie sin saber muy bien si lo hacía para reafirmarse en sus palabras o para salir corriendo de allí.

El curtido rostro de Reece era como un monolito de granito. Leah reconoció la furia en su expresión, pero supo por su intenso silencio que no iba a descargarla sobre ella.

—Voy a ver a Bobby antes de meterme en la cama. Buenas noches.

Se volvió con toda la naturalidad posible y fue hacia la puerta.

Sentía las piernas débiles y como si fueran de goma, pero se las arregló para salir con dignidad.

Había hecho lo que tenía que hacer y no lo había hecho mal del todo, porque Reece no había adivinado nada respecto a sus verdaderos sentimientos hacia él.

Se encaminó rápidamente hacia la habitación de Bobby, que se encontraba entre el dormitorio de Reece y el suyo. Ambos estaban comunicados por una puerta interior con el cuarto del niño.

Mientras entraba en el dormitorio pensó en lo reveladora que era la disposición de las habitaciones. Al principio había sido lógico que Reece y ella no hubieran compartido el dormitorio. La muerte de Rachel estaba aún muy presente para ambos, y ya resultaba suficientemente escandaloso que se hubieran casado de forma tan inmediata.

Pero según habían ido pasando los meses sin el más mínimo indicio de que Reece pretendiera acercarse a ella, Leah había tenido que recordarse que no podía esperar más. Excepto por el bebé, lo único que había entre ellos era un certificado de matrimonio.

Reece había necesitado una mujer que lo ayudara a criar a su hijo y había pretendido normalizar en lo posible una vida que se había visto destrozada y alterada por la muerte de su esposa. También había pretendido evitar que, en caso de que le sucediera algo a él, su hijo acabara en manos de sus abuelos maternos.

Leah había sido el medio de conseguir una madre adoptiva para su hijo y de mantener la vida de su hogar en orden. Al parecer, no había pensado mucho en la esposa con la que iba a tener que convivir para lograr todo aquello.

La habitación de Bobby estaba tenuemente iluminada por una lámpara enchufe que siempre estaba encendida. Se acercó a la cama y miró el dulce rostro del niño dormido. Lo acarició y sintió que su corazón se desgarraba de amor. No habría podido amar más a aquel niño ni aunque hubiera sido suyo. Sabía que sería capaz de hacer cualquier cosa por él. Ni siquiera el amor que sentía por Reece era más poderoso que el que sentía por aquel querubín de pelo oscuro.

Tras arroparlo, fue a su dormitorio y dejó la puerta entrecerrada, como hacía todas las noches.

Mientras se preparaba para acostarse empezó a plantearse mil dudas respecto a su conversación con Reece, pero lo importante era

que había sacado a relucir el tema del divorcio.

Estaba convencida de que Reece no necesitaría mucho tiempo para tomar una decisión. Probablemente la habría tomado ya y se la comunicaría al día siguiente, durante el desayuno. Después, sólo les quedaría hablar sobre lo que iban a hacer con Bobby.

Pero aquello no preocupaba a Leah. Ella se había ocupado del niño hasta entonces y seguiría siendo responsable de él mientras fuera joven. El resto se iría resolviendo según el niño fuera creciendo.

No temía que Reece pretendiera alejarla del niño, sobre todo porque la necesidad de protegerlo había supuesto que ella lo adoptara legal —mente. Tenía los mismos derechos sobre el niño que Reece y, casados o no, ambos jugarían un papel importante en su vida.

Mientras permanecía acostada en la oscuridad, su sensación de alivio por haber hecho lo que se había propuesto fue dando paso poco a poco a otra de profundo pesar. Lo que había hecho aquella noche había certificado la muerte definitiva de su sueño más querido e imposible. Aunque había necesitado once agónicos meses para matarlo, lo que había hecho al ofrecer a Reece el divorcio había sido reconocer que el sueño de amarlo abiertamente y de ser correspondida por él estaba definitivamente perdido.

Y era lógico que aquel sueño no fuera a hacerse nunca realidad. Se había enamorado de Reece hacía años, mucho antes de que él empezara a salir con su mejor amiga, pero no había sido capaz de dejar de amarlo, ni siquiera cuando se casó con Rachel. Había sufrido un terrible sentimiento de culpabilidad por ello, pero no el suficiente para superar sus sentimientos.

Luego había estropeado aún más las cosas aferrándose a la oportunidad de casarse con él cuando enviudó, probablemente en el momento más vulnerable de la vida de Reece. La culpabilidad que había sentido y que probablemente seguiría sintiendo por sus egoístas sentimientos hacia el marido de su mejor amiga era un castigo adecuado que aceptaba totalmente.

Al menos, Rachel nunca había sospechado nada. Y esperaba que Reece tampoco lo averiguara nunca.

Se dio la vuelta en la cama y contempló largo rato la oscuridad. Debió quedarse dormida antes de que se hiciera demasiado tarde,

porque no llegó a escuchar los pasos de Reece cuando se encaminaba a su dormitorio, como normalmente sucedía.

Capítulo 2

El primer impulso de Reece fue ir tras Leah para hacerle volver. Su segundo impulso fue ir al mueble bar a servirse un *whisky* doble. Lo consumió como si fuera un hombre en llamas tratando de apagar el fuego.

Pero aquello no sirvió para calmar la mezcla de enfado, sorpresa y culpabilidad que sentía. El problema era que hacía tiempo que su esposa debería haberse puesto así con él. Aunque se había expresado educadamente, aquello había supuesto una severa reprimenda para él.

Leah Gray Waverly había resultado ser la madre perfecta, tranquila y competente, y tan amorosa como paciente y sabia con el niño. Se aseguraba de que Bobby lo viera todas las mañanas antes de salir a trabajar y había organizado los horarios del niño de manera que pudiera pasar el máximo tiempo posible con él.

También había resultado ser la esposa ideal. Cocinaba, lavaba la ropa y mantenía perfectamente limpia aquella casa de seis dormitorios sin necesidad de ayuda. Además, se ocupaba de la compra y de tomar nota de sus llamadas cuando él estaba fuera.

Pero pensara lo que pensase sobre el tranquilo temperamento de Leah, lo que acababa de hacer le había recordado que también tenía auténtica fibra.

Siguió pensando mientras se servía otro *whisky*. No había pretendido mostrarse tan indiferente hacia ella; no había pretendido aceptar todo lo que le daba sin correspondería de algún modo personal.

Él le había entregado su hijo, el bien más preciado de su vida, pero ¿a qué mujer que se estimara en lo más mínimo le habría bastado con querer y ayudar a criar al hijo de su mejor amiga, además de aguantar ser una especie de asistenta sin sueldo para un marido que no apreciaba lo que hacía?

Durante semanas, su conciencia se había visto agobiada por todas las cosas que había descuidado con Leah. La había incluido en sus cuentas bancadas, pero ella no había utilizado ni un dólar de su dinero en sí misma. Aún tenía que llevarla a cenar a un restaurante algún día, o a algún otro acontecimiento social. Ni siquiera había recordado su cumpleaños hasta que habían pasado cuatro meses de la fecha.

Tras llevar onces meses casada con una especie de ermitaño, no era de extrañar que le hubiera dicho que pensaba asistir a la barbacoa sola o acompañada.

Rachel le había contado cosas sobre Leah en las que no había pensado durante años. Sobre su infancia nómada y los numerosos abandonos que sufrió tanto por parte de su padre como de su madre, sobre los sucesivos desastres en los hogares de adopción en que estuvo acogida. Según Rachel, el mayor sueño de Leah era llegar a tener alguna vez una familia y un hogar.

Tenía un hijo legal en Bobby y vivía en una de las mejores casas de la zona. Pero el agobio y la desolación que él había sentido tras la muerte de Rachel le habían impedido llegar a tener la familia con que soñaba, y probablemente debía sentirse más como una esclava que como una esposa. De ahí la solemne y pequeña bomba que había soltado aquella noche.

Sin embargo, él no sentía nada por ella excepto gratitud; gratitud y culpabilidad. Aquello lo había agobiado durante semanas, pero no podía hacer nada por evitar que sus sentimientos fueran aquéllos.

Perder a Rachel había hecho que se quedara vacío. Cualquier mujer que no fuese ella era simplemente una mujer. Nadie por quien preocuparse y, desde luego, nadie con quien excitarse. Sus hormonas habían vuelto a revivir y aún sentía necesidades masculinas que anhelaban una satisfacción, pero la misteriosa mezcla de ternura y sentimientos dulces habían desaparecido por completo de su vida junto con Rachel.

En su mente y su corazón, el amor y el sexo estaban exclusivamente asociados a su maravilloso pelo pelirrojo, a su exquisita piel y a sus exóticos ojos color esmeralda.

De pronto, los recuerdos se hicieron muy reales y revivió la ilusoria sensación del sensual cuerpo de Rachel presionado contra el suyo. Un amargo dolor se apoderó de él y se obligó a dejar de pensar en aquello. Debía concentrarse en Leah, en la esposa que estaba obligado a desear.

Pero su deseo apenas despertaba al pensar en ella, en su pelo, normalmente sujeto en un moño alto, en su tez morena, en sus bonitos ojos azules, que no sugerían más que misterios e infelicidad, algo de lo que su corazón ya estaba repleto.

Por mucho que se esforzaba, no lograba imaginar a Leah dejándose llevar por la pasión, perdiendo el rígido control que ejercía sobre sí misma en el calor de la intimidad sexual. Era tan impensable imaginar a Leah en aquel estado como a una vieja tía solterona.

La culpabilidad que le produjo aquella comparación le hizo terminarse el segundo *whisky* de un solo trago.

No quería que Bobby sufriera, y no dudaba que un divorcio supondría mucho sufrimiento para el niño. Sin duda, su falta de interés sexual por Leah era parte del resultado de la pérdida de Rachel.

Rachel y Leah habían sido tan íntimas como hermanas. Tanto, que estaba seguro de que a Rachel no le habría gustado nada que aceptara su propuesta de divorcio, sobre todo después de que Leah hubiera renunciado a encontrar un hombre cuyo corazón fuera totalmente suyo para poder ayudar de la mejor manera posible al marido y al hijo de su mejor amiga.

Agobiado al pensar en lo que Leah había tenido que sacrificar y en lo mal que él le había correspondido, Reece fue hasta el escritorio y tomó la foto de Rachel.

Por primera vez sintió cierto desapego por aquella imagen de color, y su corazón trató de recuperar inútilmente el sentido de conexión que solía experimentar al mirarla. Era como si hubiera conocido a aquella bella mujer hacía mucho tiempo, demasiado, y se sorprendió ante aquella sensación de distanciamiento. Sólo habían pasado quince meses desde el fallecimiento de Rachel, y de

pronto sintió como si aquello le hubiera sucedido en otra vida, a otro Reece Waverly.

En unos momento, el recuerdo de Rachel había pasado de ser algo ardiente y casi tangible a algo más parecido a un sueño vagamente recordado.

Lo que le recordó la peor parte de aquellas últimas semanas. Rachel había empezado a desvanecerse en su mente. Poco a poco había empezado a olvidar las cosas que creía grabadas en su corazón para siempre. Excepto por repentinos e incontrolados brotes, sus recuerdos habían empezado a desvanecerse.

¿Llegaría a desaparecer por completo el recuerdo de Rachel? ¿Y sería él lo suficientemente hombre como para enfrentarse a la desolación de perderla por segunda vez? La soledad que sentía ya era brutal.

Permaneció varios minutos quieto donde estaba, sin saber muy bien si estaba bebido, si aquellos extraños sentimientos e impresiones significarían algo. Lo que hizo a continuación no fue tanto tomar una decisión como una necesidad.

No quería volver a mirar la foto de Rachel y sentir aquella desconexión con ella. La claridad de la foto era un recordatorio de que la imagen que conservaba en su mente se estaba volviendo cada vez más confusa y poco definida. Prefería no volver a verla que sentir aquel inquietante desapego hacia Rachel y hacia la vida que compartieron.

Apagó la luz del escritorio y se encaminó a oscuras con la foto hasta una de las habitaciones de huéspedes. Había vivido toda su vida en aquella casa y no necesitaba luz para moverse por ella. Una vez en el dormitorio se acercó al tocador, abrió un cajón y guardó la foto en su interior. Dudó un momento antes de cerrarlo, pero finalmente lo hizo y salió al pasillo.

El suave brillo de la luz que Leah siempre dejaba encendida en el dormitorio de Bobby atrajo sus pasos, como cada noche.

El niño dormía profundamente, de manera que Reece permaneció unos momentos junto a la cama. Cuando se apartaba se fijó en la puerta entreabierta del dormitorio de Leah.

La imagen mental del aspecto que pudiera tener mientras dormía y la curiosidad respecto a lo que utilizara para dormir llegaron de un modo tan repentino que casi le produjeron un

sobresalto. Jamás había tenido uno solo pensamiento respecto a las preferencias o hábitos privados de Leah, de manera que aquello era toda una novedad.

Pero, o había bebido lo suficiente como para sentir un destello de curiosidad por Leah debido a que había tratado de desearla al menos un poco, o estaba lo suficientemente borracho como para haber perdido algunas inhibiciones de manera que la idea del sexo sin amor ya no le parecía tan vacía.

En cualquier caso, no podía tomarse en serio nada de aquello. Lo más probable era que a la mañana siguiente lo olvidara por completo al enfrentarse a la fría realidad de un nuevo día.

Por la mañana, Reece oyó la suave risa de Leah antes de entrar en la cocina.

—No, no, no metas la tostada en tu taza. Tienes que meterla en tu boca, diablillo.

Leah jamás se retrasaba con la hora del desayuno. Daba lo mismo que apenas hubiera podido dormir a causa del niño, o que éste se hubiera despertado mucho más temprano de lo habitual; de algún modo, se enfrentaba a cada complicación que surgiera con tal eficacia que Reece podría haberla utilizado como reloj.

Aquella mañana Bobby se había despertado pronto y con el pañal empapado, lo que habría requerido un rápido baño, pero cuando Reece entró en la cocina su hijo estaba limpio, vestido, sentado en su silla alta y con el babero puesto. Masticaba un trozo de tostada mientras Leah terminaba de poner la mesa.

Reece sintió una punzada mezcla de culpabilidad y resentimiento. Debía a Leah mucho más de lo que podía corresponderle, pero ella continuaba siendo perfecta. Implacablemente perfecta. Su perfección no hacía más que recordarle su notable falta de perfección como marido. El suave dolor de cabeza con que se había levantado comenzó a volverse más intenso.

—¡Papiii!

La excitación de Bobby al verlo hizo que sintiera un efluvio de amor y placer que alivió de algún modo su desasosiego.

El bebé era moreno, como él, aunque tenía los rasgos de Rachel, especialmente los ojos y la forma de su boca. Identificar aquello con tal naturalidad también sirvió para aliviar en parte los sentimientos

de la noche anterior.

Se acercó a la silla del niño, le acarició el pelo y lo besó en la frente.

—Buenos días —dijo Leah.

—Buenos días.

Reece se sentó después de que lo hiciera ella y tomó automáticamente la mano de Bobby mientras Leah rezaba una breve oración de gracias.

Leah no pasaba por alto ningún detalle de la educación del niño, mientras él no había sido capaz de darle algo tan elemental y necesario para tener una infancia feliz como una madre y un padre que se amaran.

El niño necesitaba crecer viendo una relación normal y asentada entre sus padres. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que fuera lo suficientemente mayor como para comprender el significado de tener unos padres que nunca se tocaban ni abrazaban y que ni siquiera dormían en la misma cama? Cada vez más malhumorado, Reece tomó el plato que le ofreció Leah.

Leah estaba muy tensa. ¿Debía preguntar a Reece si había tornado una decisión, o debía esperar a que él se lo dijera? Se acercaba el momento de la verdad y sabía cuánto le iba a costar escuchar que quería divorciarse de ella.

Puso el plato de Bobby en su bandeja y le dio el tenedor. La idea de lo que podía significar el divorcio para el niño hizo que se sintiera incapaz de mirar a Reece a la cara.

—¿Tienes planes para hoy? —preguntó él. Leah lo miró de reojo mientras se servía unas tostadas.

—He pensado en pasar por San Antonio para comprarme algo nuevo para el sábado. Si te hace falta, puedo esperar hasta mañana.

—No me importaría acompañarte —la voz de Reece sonó especialmente áspera—. ¿A qué hora?

Aquello fue una sorpresa, pero Leah supuso que Reece habría decidido que fueran a consultar a su abogado cuanto antes. O, más bien, él consultaría al suyo mientras ella buscaba otro que la representara.

—Pensaba ir a media mañana, pero podemos ir cuando te convenga. Sólo necesito un par de horas para comprar —a aquellas alturas no tenía sentido andarse con rodeos sobre el tema que sin

duda rondaba la cabeza de Reece tanto como la de ella. Y si tenía que buscarse un abogado, cuanto antes lo hiciera, mejor—. Entonces, ¿has tomado una decisión? —preguntó, y cometió el error de dar un bocado a su tostada antes de darse cuenta de que probablemente no iba a poder tragarla.

El cargado silencio que siguió a su pregunta hizo que se sintiera aún más inquieta. Dio un sorbo a su café para tratar de pasar la tostada.

Reece no contestó de inmediato y su silencio no presagiaba nada bueno. Leah dejó su taza en la mesa y lo miró.

—No pienso decirle a mi hijo que me divorcié de su madre porque no me sentía capaz de cumplir mi parte del compromiso. No va a haber divorcio.

Aquellas inesperadas palabras conmociona —ron a Leah. Si no hubiera estado sentada, sus rodillas habrían cedido. Por unos instantes sintió un arrebato de pánico que estuvo a punto de hacerle saltar de la silla y salir corriendo de la cocina.

La expresión de Reece resultaba intimidante, y tuvo que luchar contra una nueva oleada de pánico. Aparte de tener que divorciarse, lo peor que podía pasarle era tener que seguir casada. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que Reece llegara a lamentar con amargura no haber aprovechado la oportunidad de divorciarse de ella para poder buscar una mujer más compatible con su idea de la satisfacción conyugal?

Aunque estuviera dispuesto a hacer un esfuerzo durante una temporada, ¿cuánto tardaría en darse cuenta de que no podía soportar estar con una mujer por la que no sentía nada? Y ella sufriría aún más viendo sus inútiles esfuerzos.

¿Y cuánto tiempo tardaría Bobby en ser lo suficientemente mayor como para darse cuenta de que sus padres no se amaban? Y cuando descubriera la magnitud personal del sacrificio que había hecho Reece por él, ¿se sentiría agradecido o culpable? ¿La culparía a ella de la infelicidad de su padre? ¿O deduciría lo que Reece aún no parecía haber deducido: que ella se había aprovechado de él en su momento más vulnerable?

Bajo aquellas circunstancias, no existía la más mínima oportunidad de felicidad para ellos tres, pues Leah estaba totalmente convencida de que Reece nunca llegaría a amarla.

Cuando lo miró de nuevo comprendió que había captado su angustia.

—¿No era ésa la respuesta que querías oír? —preguntó él.

Leah dejó caer la mano en su regazo y aferró la servilleta con fuerza.

—Eres un hombre bueno y honorable, Reece —dijo con total sinceridad—. Creo que harás todo lo que esté en tu mano para conseguir que nuestro matrimonio funcione. Debería haber supuesto que reaccionarías así, pero estoy segura de que cuando hayas tenido tiempo de pensar en ello verás las cosas de otro modo. Cuando llegue el momento, lo único que pretendo obtener es la custodia compartida de Bobby.

La expresión de Reece se volvió dura como el pedernal.

—Bobby se quedará en el rancho Waverly, que es donde pertenece.

Era una declaración de guerra. Leah lo supo al instante y se quedó helada. Aunque también debería haber esperado aquello, resultó espeluznante oírselo decir en persona. Ya no sólo iban a estar emocional y físicamente distanciados, sino que iban a ser adversarios, lo que hacía que hubiera muchas más probabilidades de que la situación entre ellos terminara muy mal.

Dejó la servilleta en la mesa y apartó con cuidado la silla para levantarse. No iba a poder mantener la compostura si permanecía un momento más en la cocina, pero no podía permitirse dejar sin respuesta las palabras de Reece. Si lo hiciera, estaría perdida.

—No pienso sentirme ofendida esta vez, Reece —logró decir con relativa calma. Sería más prudente no recordarle en aquella ocasión su acuerdo legal respecto a la custodia compartida del niño, pero lo haría si llegara a ser necesario—. Pero si pretendes convencerme de que este matrimonio tiene alguna oportunidad, no lo vas a conseguir con declaraciones como ésa.

—No has terminado de desayunar —gruñó Reece, claramente enfadado. Ella tuvo la sensación de que habría preferido ordenarle que volviera a sentarse, pero temía cómo pudiera tomárselo. Fue un alivio saber que no trataría de intimidarla con sus órdenes por muy enfadado que estuviera.

—He perdido el apetito —replicó con sencillez—. ¿Te importaría ocuparte de Bobby mientras voy a poner una lavadora?

—Por supuesto —murmuró Reece, aunque nada habría podido ocultar la evidencia de su desagrado y frustración.

Leah cruzó con calma la cocina y fue a la habitación de la lavadora aunque las rodillas le temblaban. ¿Había empeorado o mejorado las cosas?

Lo cierto era que ya no sabía qué pensar. Lo que tenía claro era que apenas sabía nada del Reece Waverly con el que se había casado. Lo que había sabido hasta entonces no parecía encajar con el hombre con que se enfrentaba ahora.

Al menos había establecido algún límite y había dejado claro la clase de intercambios verbales que no estaba dispuesta a mantener con él. ¿Pero durante cuánto tiempo aceptaría aquello un hombre tan dominante como él?

Rachel había logrado domar parte de su autocrática tendencia a dominarlo todo, pero ella no era la mujer de la que Reece había estado tan perdidamente enamorado, y tendría que andarse con cuidado. Pero era imperativo que Reece la respetara.

No podía permitirse una declaración de guerra con él porque el que más sufriría con ello sería Bobby. Y aunque Reece no pudiera amarla, lo último que querría sería que llegara a odiarla. Ya era bastante duro tener que soportar su indiferencia.

Y era más crucial que nunca que Reece no adivinara lo que sentía por él. Hasta entonces no le había costado mantener ocultos sus sentimientos pero, después de lo ocurrido, Reece estaría muy atento y centrado en buscar modos de mantener su matrimonio unido, al menos durante un tiempo, y aprovecharía cualquier ventaja que tuviera para conseguirlo.

Ya que su mayor ventaja consistiría en descubrir cuánto lo amaba, tendría que andarse con pies de plomo para evitarlo.

Capítulo 3

¿Quién, diablos era Leah Waverly?, se preguntó Reece.

La mujer suave y complaciente con que había convivido aquellos meses parecía haberse convertido en un ser quisquilloso y autoritario de la noche a la mañana.

Se había casado con ella debido a su devoción por Rachel y Bobby, y porque sabía que trataría de evitar por todos los medios que los abuelos maternos del niño se quedaran con éste si a él llegara a sucederle algo.

Había percibido el pánico que habían reflejado sus ojos y el ligero temblor de su voz, pero Leah había conseguido mirarlo directamente mientras le transmitía su ultimátum, y había dejado bien claro que estaba dispuesta a luchar como gato panza arriba por el niño.

—Ma jugo, papi.

Bobby se había inclinado hacia su padre para llamar su atención. Reece comprendió que probablemente había repetido aquello más de una vez.

—¿Cuál es la palabra mágica? —pregunto automáticamente.

Bobby se irguió en el asiento y sonrió.

—¡Pofavo!

Reece le sirvió un poco de zumo en el vaso y lo ayudó a tomarlo.

—¿Estás listo para bajar? —preguntó luego.

—¡Sí, sí! ¡Abajo!

Reece se levantó y tomó el paño que Leah siempre tenía en la mesa para limpiar las manos y la boca del niño después de las

comidas. Luego le quitó el babero y lo bajó de la silla.

Cuando volvió a sentarse para seguir con su desayuno comprendió que ya no tenía hambre. Mientras Bobby sacaba unos juguetes del armario en que los guardaba Leah, él recogió la mesa. Aunque nunca lo había hecho hasta entonces, parecía importante demostrarle a su mujer que también podía ser útil en aquel tipo de cosas.

Terminó unos minutos después y, mientras ponía el friegaplatos, se preguntó por qué se estaría retrasando tanto Leah en el cuarto de la lavadora.

Leah había doblado una cesta de toallas limpias en tiempo récord y otra con ropa de Bobby. Después fue al dormitorio del niño a guardarla.

Acababa de terminar de hacerlo cuando notó que la foto de Rachel que solía estar sobre el tocador había desaparecido. Un rápido vistazo a su alrededor le confirmó que no estaba en el dormitorio.

Tras llevar la cesta con las toallas al armario de la ropa blanca entró en la habitación de Reece para hacerle la cama. Estaba palmeando las almohadas cuando miró hacia la alta cómoda en la que solía haber una foto de Rachel.

El hecho de que también hubiera desaparecido era una confirmación de que la desaparición de la que había en la habitación del niño no había sido casual. Se preguntó si tampoco estaría la que solía haber en el estudio. Las fotos estaban allí el día anterior, de manera que Reece debía haberlas retirado antes de irse a dormir, o nada más despertarse aquella mañana. Al parecer, había tomado aquella medida antes de decirle que tenía intención de permanecer casado con ella, de manera que ya había empezado a actuar de buena fe.

¿Le habría costado mucho retirarlas? A ella nunca le había molestado que estuvieran por toda la casa. Incluso le agradaba, pues su relación con Rachel había sido muy íntima.

El sonido de la voz de Reece en el umbral de la puerta la sobresaltó.

—Ahí está tu mamá.

Leah terminó de estirar la colcha antes de mirar.

Reece llevaba a Bobby en hombros y el niño reía mientras

jugueteaba con su pelo. El contraste entre la expresión del hijo y el padre le hizo comprender que éste le había visto mirando el lugar en que solía estar la foto de Rachel.

—Gracias por cuidarlo —dijo—. Si tienes cosas que hacer, por mí ya puedes irte.

—Veo que te has fijado en que no está la foto. Leah asintió.

—Tampoco está la del dormitorio de Bobby.

—Están en el tocador del primer dormitorio. Cuanto tengas tiempo, haz un paquete con ellas para guardarlas para Bobby. Yo lo dejaré después en el ático.

—Puedo ocuparme de ello antes de que nos vayamos.

La incomodidad que sentían ambos era evidente, sobre todo Reece.

—Podemos poner unas fotos nuevas —dijo, en un tono que sonó más como una orden que como una sugerencia.

Leah lo miró y sintió una punzada de inquietud. Todo aquello podía ser importante, pero no sabía si era un alivio o una preocupación escuchar a Reece hablando en términos de «nosotros» y de adquirir cosas para un futuro común.

—Podría estar bien —dijo, y cambió de tema de inmediato—. ¿Cuándo te gustaría que saliéramos para San Antonio?

—¿Qué te parece si salimos para llegar a la hora que abren?

—De acuerdo. —Leah aún estaba sorprendida de que Reece fuera a ir con ella, especialmente sabiendo que iba a comprarse ropa. Rachel solía bromear a menudo sobre su alergia a ir de compras—. Puedo ocuparme de las fotos y de algunas otras cosas para que podamos salir a las ocho y media.

Reece asintió y se volvió con Bobby aún en sus hombros.

—Yo me ocuparé del niño.

Leah observó cómo se alejaban un tanto asombrada. La sensación de que algo había cambiado entre ellos era inconfundible, pero no quería tomársela en serio. Reece era un buen hombre e intentaría conseguir con nobleza que su matrimonio funcionara, al menos durante un tiempo.

Leah sabía que ambos se sentirían mejor si luego pudieran decir que al menos lo habían intentado, de manera que decidió adaptarse, aunque había ciertas cosas que no iba a permitir.

Lo más importante era tener claro que no podía poner sus

esperanzas en nada de aquello. No podía permitirse cometer aquel error.

Bobby disfrutó de cada momento que pasaron en el centro comercial y le encantaba avanzar por los pasillos con su cochecito. Mientras Reece se ocupaba pacientemente de él, Leah pudo hacer unas compras sin sentir que lo estaba sometiendo a una tortura. Después de pagar se reunió con ellos fuera de la tienda de mascotas, donde Bobby contemplaba emocionado los cachorros del escaparate.

—¿Crees que deberíamos entrar? —preguntó Reece.

—¿Estamos seguros de querer que sepa que puede entrar? —replicó Leah con una irónica sonrisa—. Ya nos va a costar bastante apartarlo del escaparate… pero lo cierto es que me encanta verle descubrir cosas —dejó las bolsas de la compra y se agachó para sacar al niño del cochecito—. Nunca lo he llevado dentro a ver los pájaros y los peces —se volvió con el niño en brazos hacia Reece, que lo tomó obedientemente—. Tal vez eso es algo que podría hacer su padre.

—¿Tú no vas a pasar?

—Sí, claro, pero tú tendrás que ocuparte de encontrar la forma de hacerlo salir pacíficamente cuando lo haya visto todo.

Reece sonrió y el corazón de Leah latió de placer ante aquella inesperada sorpresa.

—Le diré que vamos a mirar la tienda de juguetes que hay al lado.

Aunque sabía que no era conveniente, Leah no pudo evitar aferrarse a aquel momento, de manera que hizo lo que pudo por aligerar las cosas entre ellos.

—Oh, oh. ¿Y con qué lo sobornarás para conseguir que salga de la tienda de juguetes? La sonrisa de Reece se ensanchó.

—¿No crees que dos adultos seremos capaces de manejar al niño?

—Digamos que aún no nos hemos enfrentado a suficientes retos con él como para estar seguros de eso.

—En ese caso, será una experiencia educativa para todos nosotros.

Leah alzó una ceja y sonrió evasivamente.

—Yo me ocupo de llevar el cochecito.

Una vez en la tienda fue un placer ver la alegría del niño mientras veía los animales. Reece siguió mostrándose muy paciente y le fue hablando de cada animal que veían. Al cabo de un buen rato se inclinó hacia Leah.

—El dueño nos está lanzando una de esas miradas que dicen que compremos algo o nos vayamos —murmuró.

—Qué poca vista. Podríamos estar consiguiéndole un futuro cliente —contestó Leah, que dedicó a Reece una chispeante mirada.

Fue uno de aquellos momentos eléctricos, completamente inesperado, y sin embargo tan palpable como una caricia. Por un instante pareció apartar el obstáculo que se interponía entre ellos.

Leah fue la primera en apartar la mirada, porque temía haber evocado aquella impresión a pesar de que en realidad nada había cambiado entre ellos. Aunque sabía que aquello nunca podría funcionar, su corazón aún anhelaba un milagro.

Lograron sacar a Bobby de la tienda sin problemas y fueron a comer a un restaurante en el mismo centro comercial. Después de comer, el niño se puso de mal humor a causa del cansancio, de manera que decidieron volver al rancho en lugar de ir a ver la tienda de juguetes.

Bobby durmió durante todo el trayecto, y aún seguía dormido cuando Reece lo llevó en brazos a su dormitorio.

Mientras Reece mantenía una larga conversación por teléfono Lean se ocupó de varias tareas, hasta que oyó llorar al niño. Reece permaneció en el estudio el resto de la tarde y Lean se impacientó consigo misma por sentirse decepcionada.

En contra de su voluntad y de su sentido común, su tonto corazón aún seguía alentando esperanzas.

Frustrada por no poder reprimir aquellas absurdas sensaciones, fue a buscar a Bobby al cuarto y lo llevó junto con unos cuantos juguetes a la cocina. Quería probar una nueva receta para un postre. Volver a la rutina normal le serviría para poner las cosas en perspectiva.

Durante la cena quedó claro que las cosas seguían como siempre. La única diferencia fue que Reece se explayó más en sus cumplidos respecto a la comida, especialmente respecto al postre.

Después se llevó a Bobby al estudio, como solía hacer siempre entre la cena y el momento en que Lean bañaba al niño. Ella

terminó de recoger la cocina y luego fue al cuarto de estar.

Hoyt Donovan había contratado a un grupo *country* para el baile que se celebraría la noche de la barbacoa, de manera que encendió la televisión y sacó el vídeo de baile que había comprado en un reciente viaje a la ciudad.

Su falta de experiencia romántica incluía el hecho de que nunca había aprendido a bailar. La única ocasión en que se lo pidieron, el chico cambió de opinión mientras se encaminaban a la pista de baile y sacó a bailar a otra chica. Leah había evitado los bailes desde entonces, aunque le encantaba ver bailar en el cine.

Pero sabía que iban a asistir muchos vaqueros de la zona a la fiesta de Hoyt y, teniendo en cuenta que no había demasiadas mujeres, existía la posibilidad de que alguno quisiera sacarla a bailar, aunque sólo fuera una vez.

De manera que cuando había visto aquel vídeo de baile en oferta lo había comprado. No le vendría mal aprender los pasos de los bailes más comunes, sólo por si acaso.

Llevaba un rato viendo el vídeo cuando sonó el timbre de la puerta. Hoyt Donovan se hallaba en el umbral cuando fue a abrir. Hoyt era un hombre tan alto y fuerte como Reece. Ambos eran morenos y su piel estaba igualmente curtida, pero Hoyt poseía una faceta traviesa y divertida en su personalidad que contrastaba con la sombría actitud de Reece de los últimos tiempos.

Hoyt también era un ligón al que le gustaban las mujeres guapas. Una tras otra. Pero a pesar de sus numerosos y breves romances, era una de las personas favoritas de Leah, aunque aquello era algo que sólo le había confesado a Rachel.

Hoyt se quitó su sombrero negro.

—Buenas tardes, Leah.

—Hola, Hoyt. —Leah se apartó para dejarlo pasar—. Reece está en el estudio, con Bobby. Adelante.

Hoyt pasó al vestíbulo.

—¿Ha decidido ya si va a venir el sábado?

—Tendrás que preguntárselo —replicó Leah mientras cerraba la puerta. Hoyt colgó su sombrero del perchero.

—Pero tú vas a venir de todos modos, ¿no? —preguntó con el ceño exageradamente fruncido. Leah sonrió.

—Sí. Lo estoy deseando.

—No me extraña nada. Es probable que te hayas casado con el mayor aguafiestas de Texas. ¿Cómo diablos puedes soportarlo?

Aquél era un comentario frecuente entre ellos. Aunque Hoyt siempre bromeaba al respecto, Leah sabía que no le parecía nada bien la tendencia a recluirse de Reece. No sabía si también desaprobaba que se hubiera vuelto a casar, porque siempre se mostraba muy amable con ella.

—Lo voy superando —replicó con una amable sonrisa.

—Venga o no Reece el sábado, quería que supieras antes de que empiece la estampida que tienes que reservarme tres bailes.

—¿Estampida?

—Sí. Estampida. Los hombres se van a dar de tortas para bailar contigo, así que no olvides que me has reservado tres bailes. Entre ellos, el primero, si es posible.

Leah sonrió, divertida.

—Gracias por la oferta, pero la única estampida que habrá será la que se produzca cuando te pise los dedos de los pies durante el primer baile y todos te oigan gritar.

—Podrías pisar mis dedos y los de ellos durante toda la noche y no habría un solo hombre entre nosotros que no siguiera bailando, querida.

Leah puso los ojos en blanco al escuchar la estrafalaria predicción.

—Ya veremos.

La mirada de Hoyt se volvió momentáneamente seria.

—Sí, lo veremos. Y tendrás que darme la razón.

—Ni siquiera sé bailar —confesó Leah, un poco avergonzada.

La seriedad de Hoyt dio paso a una expresión cómica.

—¿Qué puede pensar uno de los hombres de esta zona si ninguno de ellos ha sido capaz de enseñarte aún a bailar? —Sin dar tiempo a que Leah dijera algo, la tomó de la mano—. Vamos a remediar eso ahora mismo —añadió mientras se encaminaba con ella al cuarto de estar.

—No tienes por qué molestarte —dijo Lean rápidamente—. He comprado un vídeo. Hoyt se detuvo y se volvió hacia ella.

—¿Un vídeo?

—Sí. Un vídeo de baile. Lo estaba viendo cuando has llegado, así que no hace falta que…

Hoyt se puso a mirar a su alrededor en busca del mando del vídeo. Lo encontró sobre la mesa de café y presionó el botón para que se pusiera en marcha.

El vídeo empezó en medio de las instrucciones para el baile Cotton Eyed Joe. Aparentemente satisfecho, dejó el mando a un lado y se volvió hacia Leah con los brazos extendidos.

—Vamos. Es uno de los bailes más complejos, pero lo aprenderás enseguida. Leah dio un paso atrás.

—Es demasiado complicado, y aquí no hay suficiente sitio…

Hoyt la tomó de la mano y Leah se encontró de pronto pegada cadera con cadera con él y con uno de sus brazos en torno a la cintura.

—Hay sitio de sobra. Vamos a repasar los pasos sin hacer caso del ritmo o del vídeo.

Era una sensación muy agradable sentir el fuerte brazo de Hoyt en torno a ella y una mano en la suya. Le enseñó pacientemente cada paso mientras rodeaban la mesa. El vídeo había cambiado de baile, pero ellos siguieron dando vueltas cada vez más rápidas.

Finalmente, Leah tropezó y se apartó de él, riendo.

—Probablemente debería aprender antes algún baile más sencillo.

Hoyt asintió y volvió a tomar el mando a distancia. En lugar de buscar otro baile en el vídeo, lo apagó y buscó el canal de música *country* en la televisión. En aquellos momentos estaba sonando la última balada de Garth Brooks.

—No se puede empezar con nada más sencillo —dijo—. Vamos, querida.

Indecisa, Leah tomó la enorme mano que le ofreció Hoyt. En aquella ocasión, él la tomó de lleno entre sus brazos. Ella había visto bailar baladas en numerosas ocasiones, pero nunca se había dado cuenta de lo íntimo que podía ser aquel baile hasta que estuvo entre los brazos de Hoyt, con una mano en la suya y la otra apoyada en su pecho mientras alzaba la mirada hacia su atractivo rostro. Saber que apenas los separan unos centímetros le hizo sentirse repentinamente tímida.

Pero la sensación de estar entre los brazos de alguien era un placer muy poco común para ella. ¿Sentiría lo mismo con Reece? Leah trató de ignorar aquella pregunta y se centró en lo agradable

que resultaba estar entre los brazos de Hoyt.

Era un baile tan sencillo que ni siquiera necesitaba ensayo alguno, y Leah disfrutó mientras se movían por el cuarto de estar al son de la música. Por eso resultó una sorpresa sentir de pronto que estaba haciendo algo malo. Unos pasos más solo sirvieron para que aquella sensación se acrecentara, de manera que dejó de bailar. Hoyt se detuvo en cuanto ella lo hizo.

—Leah —dijo, en voz tan baja que ella apenas pudo oírlo—, creo que el memo de tu marido se encamina hacia aquí. Unos pasos más bastarán para conseguirlo.

Antes de que Leah asimilará lo que había querido decir con «bastarán para conseguirlo», Hoyt empezó a bailar de nuevo, sólo que en aquella ocasión se arrimó aún más a ella e inclinó la cabeza hasta que sus labios casi le tocaron la oreja.

—Discúlpame, querida. Estoy de tu lado.

Conmocionada por la confesión de Hoyt, Leah sólo tuvo unos momentos para sopesar las consecuencias.

Capítulo 4

Reece había oído el sonido de la música y unos extraños ruidos procedente del cuarto de estar, pero otra llamada le impidió ir a investigar. Para cuando colgó, los ruidos habían cesado, pero la música seguía sonando. De todas maneras, ya era hora de que Leah bañara a Bobby, de manera que decidió compartir la tarea aquella noche con la esperanza de ir desarrollando un mejor entendimiento entre ellos.

Ya se sentía como un pez en una bicicleta. Le sorprendía comprobar cuánto le costaba encontrar alguna sensación de camaradería con Leah, y aquello lo preocupaba. El secreto tenía que estar en hacer cosas juntos, pero aquel día sólo había sentido que estaba cumpliendo con las formalidades. Si quería lograr que aquel matrimonio funcionara por el bien del niño, tenía que hacerlo mejor, estuviera o no su corazón implicado en la tarea.

Bobby protestó brevemente cuando le quitó los juguetes, pero enseguida se frotó los ojos y Reece supo que, a pesar de la larga siesta que había echado, ya estaba listo para la cama. Lo tomó en brazos y sintió una oleada de ternura cuando el niño apoyó la cabecita en su hombro.

No había nada que no fuera capaz de hacer por su hijo. Nada. Leah era una mujer delicada y buena que se había ganado hacía tiempo un lugar en su corazón porque quería de verdad a Bobby. Sin duda podría llegar a amarla como un hombre debía amar a su esposa, aunque sólo fuera por el bien del niño.

En aquel momento se le ocurrió que tal vez Leah tampoco

sintiera nada por él. Si era así no podía culparla por ello, pues no podía decirse que él hubiera estado precisamente de buen humor durante los meses pasados. Resultaba arrogante por su parte no haber pensado antes en ello.

La idea sólo sirvió para que se sintiera más frustrado. ¿Cómo iba a lograr que Leah se enamorara de él si no le demostraba que sentía algo por ella?

Las consecuencias de su precipitado matrimonio cayeron sobre él como una losa. ¿Cómo había podido llegar a creer alguna vez que un arreglo como aquél podía funcionar? Después de haber estado casado con Rachel, ¿por qué había decidido conformarse con menos? Sin duda lo había hecho pensando en el bebé, pero debería haberse tomado la molestia de pensar también un poco en Leah y en sí mismo.

Cuando Reece llegó al cuarto de estar se quedó paralizado al ver la escena que se estaba desarrollando ante sus ojos.

Su esposa bailaba en brazos de su mejor y más antiguo amigo. El amigo que tenía más mujeres de las que podía contar; el amigo que podía conquistar a cualquier mujer que se propusiera. El amigo que en aquellos momentos bailaba demasiado cerca de su esposa y que susurraba algo junto a su oído.

Y Leah no sólo estaba bailando en brazos de su mejor amigo, sino que tenía la mano apoyada en su pecho. El y ella jamás se habían tocado, a no ser por algún accidente, y sin embargo allí estaba ella, abrazada a un hombre que no parecía haber tenido ningún problema en conseguir que lo hiciera.

A Reece siempre le había divertido el talento que Hoyt demostraba con las damas, pero no había nada divertido en aquello.

Los celos que sintió fueron tan intensos que lo pillaron totalmente desprevenido. A cierto nivel sabía que sus sentimientos eran irrazonables. Hoyt había bailado con Rachel en numerosas ocasiones y él nunca se había sentido amenazado. Pero el temor a que Leah se estuviera alejando de él hizo que surgieran sus instintos más primarios. Y el hecho de que pareciera estar divirtiéndose con Hoyt como nunca lo había hecho con él sólo sirvió para enfurecerlo más.

Hoyt hizo girar a Leah de manera que ésta pudiera ver el rostro de Reece. Su rígida expresión y el brillo de rabia de sus ojos

resultaron muy reveladores.

La primera reacción de Leah fue de culpabilidad, pero el orgullo se impuso. ¿Por qué estaba enfadado? Sólo estaba bailando con otro hombre. Aunque no se fiara de ella por alguna absurda razón, Hoyt era su mejor amigo y Reece debería fiarse de él por completo. Ella sabía que nunca había sido dado a los celos con Rachel, de manera que se sentía tan desconcertada como ofendida por ello. Por la mirada que le estaba dirigiendo Reece, debía pensar que estaba cometiendo alguna clase de adulterio.

Ciñó la mano de Hoyt con fuerza con la esperanza de que no dejara de bailar. Cuando volvieron a girar y dejó de ver a Reece, susurró:

—¿Podemos terminar el baile?

No se preocupó por su reveladora pregunta. Hoyt mantenía una relación lo suficientemente cercana con Reece como para saber lo que pasaba con su matrimonio, y además acababa de ofrecerse como una especie de conspirador.

—Dejemos que nos interrumpa —susurró Hoyt.

Leah sintió un momentáneo pánico.

No había pensado hacer aquello. Sólo pretendía terminar el baile. Aunque hacía unos momentos le había parecido un poco mal estar bailando con Hoyt y disfrutando de la sensación de estar entre sus brazos, no podía permitir que Reece pensara que podía intimidarla con una mirada de desaprobación. Si no hubiera mostrado un enfado tan irrazonable, tal vez habría dejado de bailar de inmediato.

Pero después de que Hoyt le hubiera dado la idea, comprendió que aquélla podía ser una oportunidad para remover en parte la barrera física que había entre ellos, o para reforzarla…

De pronto le importó mucho lo que Reece fuera a hacer. Si le dejaba terminar el baile sin interrumpirlos, o si no le pedía que bailara luego con él, se sentiría terriblemente dolida.

La balada se acercaba al final y el tiempo pareció ralentizarse. La tensión de Leah fue aumentando hasta que la canción acabó. Una profunda decepción se apoderó de ella en los segundos de silencio que siguieron. Después empezó a sonar otra canción en la televisión.

Leah se apartó de Hoyt y éste la soltó. No quiso mirarlo por

temor a ver una expresión compasiva en su rostro. Se obligó a sonreír.

—Gracias, Hoyt. Eres un buen bailarín.

Resultaba embarazoso que Reece no hubiera hecho nada. Seguía en el umbral de la puerta con Bobby, de manera que era obvio que no tenía intención de pedirle que bailara con él.

—Ha sido un placer, Leah —dijo Hoyt galantemente.

Leah se volvió hacia Reece.

—Voy a bañar a Bobby, a no ser que alguno de vosotros quiera un té frío antes de que me vaya.

Hoyt no dejó que el silencio se prolongara más de unos segundos.

—Nada para mí, gracias. Lo que he venido a hacer solo me llevará un minuto —dijo, antes de dirigirse al adormecido niño—. Hola, Bobby. Esos párpados te están pesando, ¿eh?

Bobby le dedicó una sonrisa que pareció más malhumorada que amistosa, y su parecido con Reece fue inconfundible, como si padre e hijo estuvieran en la misma longitud de onda. Leah se acercó para tomarlo en brazos.

No miró a Reece mientras Bobby alargaba sus bracitos hacia ella. Como siempre, Reece y ella lograron hacer el intercambio sin tocarse. Tal vez era mejor tener otra confirmación de que la barrera entre ellos seguía firmemente en su lugar. Y como era así, Reece había decidido no interrumpirlos.

—Buenas noches a los dos —dijo Leah precipitadamente, y pasó junto a Reece para llevar a Bobby al baño.

Reece fue hacia el vestíbulo más irritado consigo mismo que nunca. En cuanto notó que Leah no quería mirarlo a los ojos supo que había herido sus sentimientos. Al salir de la casa intuyó lo que se avecinaba. Su amigo casi nunca se guardaba sus opiniones para sí mismo.

—Eres tan testarudo como estúpido —dijo Hoyt—. Es un milagro que Leah no se haya ido aún a vivir con el niño a otro lado.

Reece sintió aquellas palabras como un puñetazo en el estómago.

—¿Qué diablos sabes tú?

—Observación y sentido común. Leah se muestra demasiado asustadiza contigo. Una mujer que se siente segura y que se sabe

amada no actúa como ella. —Hoyt dio un codazo bastante contundente a su amigo—. Y un hombre que tratara bien a su mujer no se pondría celoso.

—¿Quién diablos dice que esté celoso?

—Yo lo digo. Y un hombre se pone celoso cuando sabe que se ha portado mal, de manera que utiliza los celos para cubrir su culpa. De ese modo es culpa de la mujer, no suya.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan pesado? —preguntó Reece cuando llegaron al todoterreno de Hoyt.

Éste le dedicó una sonrisa mientras abría la portezuela del coche. Aunque aquél era un tema más delicado que los que solían abordar habitual —mente, se conocían lo suficiente como para hablar a las claras. Si alguno de ellos se sentía ofendido, no sería la primera vez que arreglaban las cosas de un modo más directo.

—Puede que yo sea pesado —dijo Hoyt, consciente de que su lacónico tono irritaría aún más a Reece—, pero tú nunca habías sido tan zopenco. Deberías tomar una pastilla para volverte más listo. O mejor aún, deberías enseñar a tu mujer a bailar después de que acueste al niño.

Observó con satisfacción cómo se ensombrecía la expresión de su amigo.

—Y tú deberías irte antes de que me harte —gruñó Reece a la vez que abría más la puerta del todoterreno para que Hoyt entrara.

—Supongo que tienes razón. —Hoyt sonrió abiertamente—. Es una de las desventajas de ser un experto en el sexo opuesto.

Como había supuesto, Reece no fue capaz de dejar pasar aquel comentario por alto.

—¿Y qué tal le va últimamente al experto con Eadie Webb?

Aquella pregunta hizo que la sonrisa de Hoyt se esfumara al instante.

—Eadie Webb no es asunto tuyo. Y no es mi esposa.

Había llegado el turno de sonreír de Reece.

—Leah tampoco es tu esposa. Hoyt entrecerró los ojos.

—De acuerdo, aunque tu razonamiento es muy débil.

Reece sintió que su enfado se esfumaba. Soltó la portezuela para pasarse la mano por el pelo.

—Diablos —murmuró mientras miraba a lo lejos—. Lo cierto es que no tengo ni idea de cómo conservarla.

Hoyt apoyó una amistosa mano en su hombro.

—Pues díselo, cabezón. Trágate parte de tu orgullo y sé sincero. Leah Gray es una chica muy dulce, pero no la tratas como es debido y lo más probable es que crea que te gustaría librarte de ella —en tono más severo, añadió—: Y en cuanto crea que vas a hacerlo se irá.

Reece dedicó a su amigo una hosca mirada.

—Qué eres, ¿adivino?

—Así que ha mencionado el divorcio, ¿no? Lo suponía. —Hoyt apretó cariñosamente el hombro de Reece—. Apostaría cualquier cosa a que lo último que quiere es divorciarse, pero no sé a ciencia cierta qué deseas tú. No la quieres en absoluto, ¿verdad?

Reece volvió a irritarse.

—¿Cuándo he dicho yo eso?

—¿Cuándo has dicho que la quisieras? Reece soltó una retahíla de maldiciones, pero Hoyt no se dejó intimidar.

—Yo no podría acostarme cada noche con Leah y no enamorarme de ella —añadió. Reece le dedicó una mirada asesina, pero no admitió nada. Al parecer, Hoyt no esperaba que lo hiciera, porque siguió hablando—. Pero supongo que vosotros todavía ni siquiera habéis estado juntos en la misma habitación ni a plena luz del día, a no ser que haya sido en el dormitorio de Bobby. Si yo estuviera en tu lugar, ésa sería una de las primeras cosas que arreglaría.

—Pero tú no eres yo —espetó Reece.

—No. Pero si lo fuera le diría a Leah lo que pensaba. Me disculparía y luego encendería la radio más cercana para bailar con ella. Tal vez incluso la besaría. Y al día siguiente le diría que trasladara las cosas a mi cuarto. Si no aceptara, buscaría la forma de que me dejara ir al suyo. —Hoyt sonrió—. No hay ningún mal en seducir a la propia esposa.

—Puede que mi matrimonio sea un desastre —gruñó Reece—, pero tengo la suerte de contar con un amigo soltero y sabelotodo para darme consejos expertos al respecto. Todos mis problemas están resueltos.

Hoyt rió y le dio una sonora palmada en la espalda.

—No tienes nada que agradecerme, amigo. Sólo recuerda que obtienes aquello por lo que pagas.

El largo tiempo ausente sentido del humor de Reece regresó de repente. Hoyt debió notarlo en el brillo de sus ojos, y ambos rompieron a reír.

—Más vale que me ponga en marcha y te deje en manos de tu tierna esposa. —Hoyt volvió a palmear la espalda de su amigo y entró en el todoterreno—. Pero si no te presentas con ella el sábado, vendré a llevarte a rastras hasta a mi casa —cerró la portezuela para puntuar su advertencia y sonrió al ver la expresión nuevamente hosca de Reece—. Buena suerte.

Puso el vehículo en marcha y pisó el acelerador. Reece permaneció un momento mirando cómo se alejaba y luego se volvió hacia la casa. Por primera vez en su vida sintió envidia de la habilidad de Hoyt con las mujeres.

Una vez en la casa, el sonido de la voz de Lean y el llanto de Bobby le confirmaron que éste aún no estaba dormido.

—Vamos, cariño —estaba susurrando Leah cuando él se detuvo en el umbral del dormitorio—. Estás tan cansado… Ayúdame con este último cierre para que puedas dormirte en mis brazos.

—Sí, mami.

Reece sintió una pequeña punzada en su corazón. No era la primera vez que el niño se alteraba por estar demasiado cansado, pero, como siempre, Leah estaba manejando la situación con gran ternura y paciencia.

La pequeña punzada se transformó en algo muy parecido al afecto. El absurdo anhelo de que le cantaran suavemente y lo mimaran como Leah estaba haciendo con el niño le pareció totalmente infantil, pero hizo que saliera a la luz una necesidad de consuelo que nunca había admitido ni ante sí mismo.

Observó desde la puerta cómo terminaba de ponerle el pijama y luego se inclinaba hacia el niño para tomarlo en brazos. Bobby alargó los suyos hacia ella y al hacerlo hizo que se desprendiera un mechón del pelo de Leah del pasador que lo sujetaba. Automáticamente, ella alzó una mano para soltar el pasador y su pelo se deslizó por sus hombros y su espalda hasta llegar a su estrecha cintura.

A Reece le sorprendió la elegancia del modo en que había caído, y el brillo que emanó de él cuando quedó iluminado por la lámpara de la mesilla. Hacía años que no veía a Lean con el pelo suelto, y

nunca lo había tenido tan largo.

Sintió una explosión de calor sensual que fue indicio de un reconfortante despertar de interés masculino. Leah parecía menos reservada y distante con el pelo suelto, más femenina.

Leah tomó al lloroso niño en brazos y fue a sentarse con él en la mecedora. Al hacerlo vio a Reece en el umbral de la puerta, pero su expresión no denotó ninguna sorpresa. Bobby apoyó la cabecita en su hombro a la vez que se metía el pulgar en la boca. Leah empezó a balancearse y los sollozos comenzaron a remitir enseguida.

Reece se acercó a la mecedora, se puso en cuclillas y apoyó una mano en la espalda de su hijo. Bobby volvió la cabeza, lo miró y se tranquilizó aún más.

—Está un poco caliente —susurró Leah, y Reece notó por su tono que se sentía aún más incómoda con él que antes—. Hay una infección de oído bastante generalizada entre los niños de la zona. Si pasa una mala noche o no se siente mejor por la mañana, llamaré al médico.

El llanto de Bobby se había transformado en una acompasada respiración y apenas podía mantener los ojos abiertos. Leah siguió balanceándose hasta que se quedó dormido.

Reece deslizó la mano por la espalda del niño hasta dejarla a escasos milímetros de los dedos de Leah.

—Antes me he excedido —dijo en voz baja—. Llevo mucho tiempo excediéndome contigo, y quiero disculparme. Es un hecho que no sé qué hacer contigo o sobre ti, pero no pretendía herir tus sentimientos. Ni esta noche ni en ninguna de las ocasiones en que debo haberlo hecho. He sido muy egoísta y desconsiderado contigo.

Leah lo miró y Reece vio en sus ojos la cautelosa sorpresa que le habían causado sus palabras, aunque era obvio que ella creía haberla ocultado.

Leah había sentido tal emoción al oírlo que notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. No podía permitir que Reece notara cuánto había significado aquello para ella, pero habría resultado grosero hacer caso omiso de sus palabras.

—Te agradezco que me lo hayas dicho. Gracias —convencida de que con aquello iba a quedar zanjado el asunto, apartó la mirada.

Pero en el momento en que Reece apoyó su gran mano sobre la de ella, Leah casi dio un bote en la mecedora a la vez que volvía a

mirarlo. La cálida sensación que le produjo el contacto hizo que toda la piel le cosquilleara.

—Supongo que hace tanto tiempo que no te toco que no es de extrañar que te sobresaltes.

Leah apenas pudo contener la emoción que sintió al oír aquella pequeña confesión. Trató de dedicarle una pequeña sonrisa sin mirarlo directamente a la cara.

—Probablemente estoy… cansada —susurró. Para ocultar la falta de convicción de su tono, añadió rápidamente—: ¿Quieres balancear tú al niño?

Se sintió culpable de inmediato, pues su nerviosa oferta sólo habría servido para alterar al niño, que acababa de tranquilizarse. Y porque la había hecho sólo para distraer a Reece. Su tensión fue en aumento.

—Es culpa mía que te sientas tan incómoda a mi lado —dijo él.

Leah se ruborizó y se sintió dolorosamente transparente. El Reece Waverly de los pasados meses no se había mostrado tan perspicaz como en aquellos momentos. No se atrevía a mirarlo.

—Como he dicho, estoy cansada. Ha sido un largó día —se sentía tan tensa que resultaba sorprendente que el niño no se hubiera despertado—. ¿Sigue dormido Bobby? —No pudo evitar que el tono de su pregunta revelara en parte la desesperación que sentía. Sólo un firme acto de voluntad le permitió retirar la mano de debajo de la de Reece antes de que éste respondiera. Casi suspiró de alivio cuando él la apartó.

Se levantó de la mecedora con el niño en brazos y lo acostó. Estaba a punto de volverse tras arroparlo cuando Reece la tomó por el codo. Lo hizo con delicadeza, pero ella sintió la acerada in — flexibilidad de sus dedos. El contraste entre la altura de Reece y su duro físico con el de ella nunca le había producido un impacto tan fuerte como en aquel momento.

Reece era lo suficientemente grande como para obligarla a hacer lo que quisiera, pero Leah sabía con total certeza que sólo habría necesitado decir una palabra para que la soltara.

Pero lo que más la conmocionaba eran las sensaciones que estaban recorriendo su cuerpo por el mero hecho de tenerlo tan cerca. Una sensación de expectativa que nunca había experimentado con tal intensidad comenzó a crecer en su interior.

¿Qué iba a pasar? ¿Qué iba a hacer Reece?
¿O estaba dándole a aquello más importancia de la que tenía?

Capítulo 5

—No recordaba que tu pelo fuera tan largo —dijo Reece, y Leah sintió algo parecido a un puño cerrándose en torno a su corazón.

Reece le hizo volverse hacia él y alzó su mano libre.

—Veo algunas horquillas sueltas —añadió con voz ronca.

Leah tembló al sentir sus dedos en el pelo. La magia de las caricias de Reece podía superar su reserva en cualquier momento y debía tratar de detenerlo mientras aún pudiera.

—¿Por qué no miras en la cama de Bobby para ver si hay alguna? —dijo a la vez que se apartaba y retiraba el codo de la mano de Reece—. Siempre llevo la misma cantidad y así sabré si falta alguna. Bobby podría metérselas en la boca, ya sabes…

Él la tomó de la mano y ella se quedó paralizada.

—Será mejor que contemos las que aún te quedan —le hizo girar de nuevo hacia sí. El cuerpo de Leah ignoró las protestas de su asustado cerebro—. No tiene sentido molestar al niño hasta que lo sepamos.

La sensación de las manos de Reece en su pelo hizo que Leah se sintiera aturdida. Nunca había imaginado que las caricias de alguien pudieran tener aquel efecto sobre ella, ni siquiera las de Reece.

Pero él tenía mucha más experiencia que ella, sabía mucho más. Y la profunda necesidad que ella sentía de acariciar y ser acariciada, de amar y ser correspondida, la volvían tan vulnerable ante Reece como su inexperiencia.

—Tienes un pelo precioso. No imaginaba que fuera tan suave.

Leah se sentía totalmente paralizada por lo que le estaba haciendo. Sentía que se estaba hundiendo en un dulce océano de sensaciones.

Tras guardarse las horquillas en el bolsillo de su camisa, Reece le hizo echar la cabeza atrás.

—No… por favor —susurró Leah.

—¿Cómo vas a impedírmelo?

Reece hizo aquella pregunta en un tono tan suave que su voz pareció llegar de muy lejos. La magia que irradiaba de sus manos alcanzó los lugares más femeninos de Leah, que no consiguió encontrar una respuesta adecuada. No estaba segura de querer encontrarla.

El fresco contacto de la boca de Reece sobre sus labios entreabiertos le hizo contener el aliento. Él jugueteó con sus labios y luego presionó con más firmeza su boca contra ellos.

Desconcertada por las sensaciones que asaltaban su cuerpo, sensaciones desconocidas para ella a causa de su inexperiencia, Leah se sentía incapaz de controlar sus reacciones.

Si Reece no hubiera apartado sus labios de ella en aquel momento, tal vez se habría desmayado. Bajó las manos hasta su cintura y la sujetó con firmeza. Instintivamente, ella apoyó las suyas contra su pecho y sintió los fuertes latidos de su corazón.

Mientras el universo volvía a centrarse, Leah empezó a sentirse avergonzada por cómo había reaccionado. Había oído hablar de los besos que hacían que uno sintiera que las rodillas se le volvieran de goma, pero nunca se había tomado en serio la idea. Y ya que a sus veinticuatro años aquél había sido el primer beso verdadero de su vida, le avergonzaba aún más pensar en lo que sin duda había sido una respuesta nada sofisticada.

Lo peor era que, sin necesidad de mirar a Reece, sabía que éste lo había adivinado, y también que se había dado cuenta de que había encontrado un modo seguro de manipularla.

Si decidía hacerlo.

—Yo… ojalá no hubieras…

La sorpresa de oírse hablar fue otra inquietante evidencia de que había perdido la habilidad de pensar con cautela antes de hacerlo. Pero su reacción ya debía haber hecho saber a Reece todo lo que

necesitaba saber. O casi todo.

—Vamos a dejar de vivir como compañeros de piso —dijo Reece, y Leah sintió la áspera posesividad de sus palabras—. Esta noche es el comienzo. Mañana pondremos nuestras cosas juntas en una habitación.

Aquello hizo salir a Leah de la bruma sensual que la envolvía. Como si hubiera sentido su inmediata resistencia, Reece siguió hablando.

—Yo tampoco estoy preparado para el sexo todavía, pero tenemos que estar a la altura de nuestro matrimonio. Un marido y su mujer deben compartir el dormitorio y la cama.

Leah se apartó y él no se lo impidió, aunque la tomó de la mano para que lo mirara. En cuanto ella lo hizo, la soltó.

—Tenías razón respecto a nuestro matrimonio —dijo—. Nos casamos cuando no deberíamos haberlo hecho y ahora nos estamos enfrentando a las consecuencias. Pero el divorcio acarrea sus propias consecuencias, peores para Bobby que para nosotros.

Leah sintió que su resistencia se debilitaba al oír aquello, y no pudo evitar volver la mirada hacia el niño dormido.

—No quiero cometer otro error —continuó Reece—, así que pienso esforzarme seriamente por lograr que nuestro matrimonio funcione. Tengo la impresión de que ya no te sientes tan… distante como antes.

Leah percibió el brillo de experiencia masculina que desprendió su mirada y no supo qué contestar.

Por mucho que se hubiera empeñado en negárselo a sí misma, una parte de ella aún quería saber lo que supondría ser el centro de las atenciones románticas de Reece. Un sentimiento de inevitabilidad se apoderó de ella. Era evidente que Reece no renunciaría hasta que ella hiciera lo que él quería y tratara de salvar su matrimonio. Y tal vez debían esforzarse seriamente en tratar de salvarlo. Cuando lo hicieran y fracasaran, las absurdas esperanzas que aquel beso había vuelto a despertar en ella se habrían esfumado hacía tiempo de su corazón.

Al menos así no se preguntaría si podría haber hecho algo más para evitar a Bobby el sufrimiento de un divorcio, aunque ella arrastraría consigo el fracaso durante el resto de su vida.

Apartó la mirada y se volvió, aunque sabía que Reece estaba

esperando su respuesta.

—¿Leah?

La voz ligeramente ronca de Reece hizo que su corazón se rompiera un poco más. Sabía que cuando llegara a la conclusión de que no podía ser feliz con ella se sentiría desolada, pero quería demasiado a Bobby como para no intentarlo.

—Mañana puedo ayudarte a trasladar tus cosas al dormitorio —continuó él al ver que ella no respondía—. O puedo ocuparme de Bobby mientras lo haces tú.

De espaldas a Reece, Leah se llevó los dedos a los labios. Aún podía sentir el largo y delicioso beso que le había dado. Repasó mentalmente todas sus objeciones y cerró los ojos con fuerza mientras aceptaba lo que por lo visto le tenía deparado el destino. Bajó la mano e irguió los hombros.

—Antes quisiera que hicieras una cosa —dijo mientras se volvía hacia él. Necesitó mucho valor pero, ya que Reece insistía en aquello, quería que hiciera algo a cambio de que aceptara—. Me gustaría que cambiaras la cama en la que estás durmiendo por alguna de las que hay en las habitaciones para invitados, o incluso por la mía —dudó un momento al ver la sorpresa que reflejó la mirada de Reece, pero enseguida continuó—. No estoy segura de querer explicar por qué no quiero compartir esa cama contigo, pero es así. También apreciaría cualquier otro cambio que pudieras hacer.

Se refería específicamente a las pocas cosas de Rachel que seguían en el cuarto de Reece, su joyero y la ropa que aún quedaba en su armario. Tal vez incluso quedara algo en los cajones de la cómoda.

Aunque había querido mucho a Rachel y sabía que iba a vivir a su sombra mientras aquel matrimonio durara, necesitaba sentir que tenía una oportunidad real de encontrar un sitio junto a Reece, por muy pesimista que se sintiera al respecto en aquellos momentos.

Estaba casada con el marido de Rachel y estaba criando al hijo de Rachel. Aunque sabía que nunca eclipsaría a su amiga, quería algo que fuera suyo, aunque sólo fuera la cama.

La expresión de Reece se fue volviendo más solemne mientras asimilaba lo que le estaba pidiendo.

—Me ocuparé de ello —dijo con brusquedad, y Leah se preguntó

si se habría dado cuenta de lo forzadas que habían resultado sus palabras, como si estuviera aceptando hacer algo que odiaba.

—De acuerdo —replicó al cabo de un momento, mientras se encaminaba hacia la puerta—. Ahora voy a acostarme.

—¿Cuántas horquillas llevabas?

La pregunta de Reece hizo que Leah se detuviera.

—Ocho. ¿Cuántas has encontrado?

—Ocho.

Reece sacó las horquillas del bolsillo de su camisa. Leah se acercó a él con la mano extendida y se las entregó. Al hacerlo la rozó ligeramente con los dedos. Tan sólo una hora antes aquello no habría sucedido.

—Gracias —dijo, sin atreverse a mirarlo de lleno al rostro—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Leah entró en el dormitorio que iba a ser su santuario durante una sola noche más y sintió un inmenso alivio cuando pudo cerrar la puerta a sus espaldas.

Había temido que Reece volviera a besarla, pero había sentido su disgusto cuando le había pedido que cambiara la cama de su dormitorio, de manera que no debería haberse preocupado.

Todo lo sucedido durante aquellos dos días le había producido una gran fatiga. Para cuando terminó de prepararse y entreabrió la puerta del dormitorio de Bobby, estaba demasiado cansada como para hacer algo más que acostarse y dormir.

A la mañana siguiente, Reece anunció que iban a ir a San Antonio a comprar muebles nuevos para el dormitorio. Aunque Leah protestó alegando que era un gasto innecesario, él insistió.

—Puedes ayudarme a elegirlos o aguantarte con lo que elija yo —dijo.

—Sustituirlo todo va a resultar muy caro —insistió ella—. Hay otras cuatro camas en la casa, así que sería tirar el dinero.

—Es dinero Waverly —replicó Reece—, y ya es hora de que los Waverly compren algo nuevo para su casa. Si quieres puedes donar a alguien los muebles de una de las habitaciones para huéspedes y trasladar a allí los míos.

Aquella sugerencia acalló a Leah, que enseguida pensó en una familia a la que le vendrían bien los muebles.

—Es una idea muy generosa… —empezó a decir, pero él la interrumpió.

—Los hombres estarán aquí en media hora para llevárselo todo.

Leah pensó de inmediato en las cosas que había que hacer antes y preparó rápidamente el desayuno. Luego dejó a Bobby al cuidado de Reece mientras ella se ocupaba de dejarlo todo listo.

Al ver que el joyero de Rachel ya no estaba sobre la cómoda del cuarto de Reece supuso que éste había recogido sus cosas la noche pasada o aquella misma mañana, antes de bajar a la cocina. Le conmovió la rapidez con que lo había hecho, pues sabía que debía haber supuesto un verdadero esfuerzo para él.

Acababa de terminar los preparativos cuando varios vaqueros del rancho fueron a la casa. Ella se ocupó de Bobby mientras ellos hacían los traslados pertinentes. Lo único que tuvo que hacer después fue pasar la aspiradora en el dormitorio vacío de Reece.

Aunque ella no estaba convencida de que pudieran enviarles la cama y los muebles que eligieran aquel mismo día, Reece parecía convencido de que podía hacerse.

Llegaron a San Antonio poco después de la hora de apertura de las tiendas. Leah se quedó consternada al ver el precio de los muebles de sólida madera que Reece insistió en que compraran, y así se lo hizo saber cuando la vendedora fue a comprobar si tenían en existencias una cómoda que estaban mirando. Reece pasó una mano por su cintura y se inclinó hacia ella.

—Podríamos sustituir todos los muebles de la casa sin que la economía de los Waverly se viera afectada en lo más mínimo —la expresión de su curtido rostro se volvió más severa—. Así que si eliges algo sólo porque sea barato, yo elegiré lo más caro que vea y tendrás que conformarte con ello.

A Leah no le gustó la velada amenaza.

—Si hubiera sabido que ibas a hacer esto, no habría…

—Tú no, pero yo sí —interrumpió Reece—. Si hubiéramos hecho las cosas bien desde el principio, habríamos pasado por aquí antes que por el juzgado.

La vendedora volvió en aquel momento y les dijo que la cómoda que les gustaba tendría que ser encargada. Ya que necesitaban que les llevaran los muebles aquel mismo día, siguieron viendo dormitorios.

Leah logró que fuera Reece quien decidiera y éste eligió la impresionante cama y los muebles a juego que ella había admirado secretamente unos momentos antes. Mientras iba a cambiar a Bobby de pañal, él se ocupó de pagar y, a pesar del escepticismo de Leah al respecto, logró que la tienda se comprometiera a enviarlo todo aquel mismo día.

Tras comprar una colcha y varios juegos de sábanas que llevaron consigo fueron a comer algo antes de volver al rancho.

Llegaron una hora antes que el camión que iba a llevarles los muebles, lo que dio tiempo a Leah para lavar la ropa de cama nueva. Mientras metían los muebles en la casa se ocupó de mantener alejado a Bobby.

Cuando el transportista y su ayudante terminaron de montar la cama y de colocarlo todo en su sitio, Leah dejó a Bobby al cuidado de Reece mientras iba a sacar las sábanas de la secadora. Cuando volvió, Bobby estaba jugando debajo de la cama nueva. Para su sorpresa, Reece la ayudó a poner la funda al colchón y a hacer la cama.

Cuando pusieron la colcha, Bobby asomó su cabecita por debajo de la cama para llamar la atención de Leah. Ella se inclinó y jugó un rato a hacerle cosquillas.

La cálida sensación de encontrarse en familia ocupándose de las tareas de la casa habría pasado desapercibida para la mayoría de las personas, pero para Leah fueron unos momentos preciosos. Algo en su interior comenzó a relajarse. Una ligera sensación de permanencia comenzó a hacerse palpable en su interior, pero desapareció casi sin darle tiempo a reconocerla.

Se irguió y miró automáticamente a Reece, que seguía de pie al otro lado de la cama. La expresión de su curtido rostro no revelaba nada y ella se dio cuenta de que llevaba un rato mirándola.

¿Qué había hecho para que se quedara mirándola? ¿Se estaría arrepintiendo ya de la decisión que había tomado?

Leah sabía que podía torturarse indefinidamente con aquellas preguntas. En conjunto, el día había sido bastante agradable y le había hecho sentirse más optimista respecto al futuro. No había esperado aquello, y aunque estuviera exagerando, no quería perder tan pronto aquella sensación.

—Pareces… pensativo —dijo, y se obligó a sonreír—. ¿Acaso

acabas de hacerte consciente del agujero que hemos dejado en la economía de los Waverly?

Algo destelló en la oscura mirada de Reece cuando ladeó la cabeza.

—Estaba pensando que eres preciosa. Me pregunto por qué no me había dado cuenta hasta ahora —hizo una pausa que Leah agradeció, pues lo que había dicho la había dejado tan conmocionada que prácticamente había olvidado respirar—. Como anoche con tu pelo —continuó, casi distraídamente—. Llevo meses viéndote. Años. No se a quién creía estar mirando, pero no era a ti.

Leah apartó la mirada. No sabía qué pensar de las asombrosas cosas que estaba diciendo Reece, ni se le ocurría cómo responderle.

Lo último que podía decirse de ella era que era preciosa, y no entendía por qué lo había dicho Reece. Sabía que no era un hombre cruel, luego no lo había hecho con afán de mostrarse sarcástico.

¿Acaso trataba de convencerse a sí mismo de que había hecho bien casándose con ella? Rachel había sido toda una belleza, pero era un hecho que ella no lo era.

—Puede que haya que iluminar más la habitación —dijo, en un esfuerzo por bromear—. Tengo que forrar los cajones para poder trasladar tu ropa. Yo traeré mis cosas después de cenar —dudó un momento, aún nerviosa por las palabras de Reece. El silencio de éste le hizo añadir—: Si aún estás seguro de que quieres que me traslade. Ésta es tu última oportunidad para cambiar de opinión.

Bobby eligió aquel momento para salir de debajo de la cama.

—Sube, papi, sube.

Reece ignoró al niño y siguió mirando a Leah, que contuvo el aliento mientras esperaba a que dijera algo sobre su oferta.

—¡Sube, papi, sube!

Reece pareció salir de su trance y se agachó para tomar al niño en brazos.

—Conque quieres subir, ¿eh? —dijo, y el destello de amor y humor que brilló en sus ojos cuando hizo cosquillas al niño sorprendió a Leah por su intensidad—. Yo te voy a subir.

A continuación simuló arrojar al niño por el aire hasta dejarlo caer sobre el centro del colchón con un ligero rebote. Luego apoyó los puños a ambos lados del niño y le hizo botar varias veces. Bobby rió, encantado, y Leah no pudo evitar sonreír, aunque era

consciente de que Reece aún no había hecho ningún comentario y se temía que eso no fuera buena señal.

Reece dejó de hacer botar al niño y lo tomó en brazos para dejarlo en el suelo.

Bobby protestó de inmediato.

—¡Supe más, papi!

—Ahora es el turno de tu mamá, hijo.

El niño se volvió hacia Leah con una sonrisa expectante.

Reece apoyó una rodilla en el colchón y alargó una mano hacia ella.

—Vamos, mamá, veamos si esta cama vale tanto como cuesta —el destello de humor y afecto de su mirada contenía también un matiz de reto.

Leah alargó una mano, pero se lo pensó mejor y empezó a retirarla. Reece fue más rápido que ella y un segundo después estaba en la cama con Leah entre sus brazos.

—Lo último que voy a hacer es cambiar de opinión, Leah —dijo, y a continuación se inclinó hasta apoyar sus labios sobre los de ella. Casi de inmediato profundizó su beso con la lengua. La conmoción de aquella invasión hizo que Leah diera un gritito ahogado.

Aunque carecía de experiencia como para estar totalmente segura, sintió que con aquel beso Reece estaba reclamando sus derechos sobre ella, y no pudo evitar rodearlo con sus brazos. Las caricias que le estaba haciendo con su boca iban más allá de lo que nunca habría esperado, pero entonces él suavizó el beso y pareció instarla a que lo correspondiera.

A la vez, su gran mano comenzó a explorar el cuerpo de Leah, que no pudo evitar estremecerse antes de empezar a sentir que se derretía. Oyó a lo lejos la vocecita de Bobby, pero no se dio cuenta de que éste había logrado subirse a la cama hasta que Reece apartó su boca de ella y dejó de acariciarla.

Fue casi doloroso que el beso se interrumpiera de repente, pero Leah olvidó su frustración al ver la que reflejaban los ojos de Reece mientras se esforzaba por sonreír al niño. Lo tomó en brazos y se apartó un poco para tumbarlo entre ellos. Bobby estaba encantado.

—Sube, papi.

Reece rió, aunque su risa sonó un poco tensa.

—Te refieres a que quieres dar botes, pero ya has tenido

suficientes botes por un día, muchacho.

—¡Botes, papi, botes!

Leah sonrió mientras esperaba a que el mundo dejara de dar vueltas a su alrededor. Bobby agarró la camisa de Reece para sentarse.

—Creo que has puesto algo en marcha —dijo.

—¿Te refieres al niño, o a ti?

Leah lo miró a los ojos.

—Me refería a Bobby, pero sí; no esperaba algo así.

—Yo tampoco, pero ha sido muy agradable. Bobby reclamó de nuevo la atención de Reece y Leah aprovechó la oportunidad para acercarse al borde de la cama. Permaneció un momento sentada, con la esperanza de sentirse menos débil cuando se levantara. Reece se había tumbado de espaldas y sostenía a Bobby en alto entre sus manos. Estaban jugando al avión y el niño estaba encantado.

—Si no te importa quedarte con él un rato, voy a ocuparme de los cajones —dijo Leah.

—Adelante. Yo voy a ver qué puedo hacer para que éste se tranquilice.

Leah estaba a punto de salir de la habitación cuando sonó el timbre de la puerta.

—Yo iré a abrir. —Reece se levantó de la cama con el niño en brazos y siguió a Leah hasta el pasillo. Mientras ella iba por unas tijeras para cortar los protectores de los cajones, él se encaminó hacia el vestíbulo.

Leah acababa de empezar a desenvolver el trozo de tela cuando oyó que Reece la llamaba. Tras echar un rápido vistazo al espejo y comprobar que tenía un aspecto bastante presentable a pesar de que acababa de recibir el beso de su vida, dejó las tijeras en la mesa y salió de la habitación.

Capítulo 6

Leah oyó la voz de Margo Addison cuando se acercaba al final del pasillo. Margo era la madre de Rachel pero, aparte del color del pelo, madre e hija apenas se habían parecido. —El niño siempre hace eso, Reece. No es bueno que esté imitando su timidez.

Leah se detuvo en seco, consciente de a quién se había referido. Aunque Rachel y ella habían sido amigas íntimas desde segundo curso, Margo se había opuesto a aquella amistad desde el principio. Siempre le había horrorizado que su preciosa y popular hija tuviera por amiga una chica vulgar y corriente que además había sido adoptada.

Rachel desafió a su madre, por supuesto, y siguió conservando su amistad con Leah, a la que invitaba a sus fiestas y a la que llevaba siempre en su coche para que pudiera participar en actividades extra curriculares o hacer cosas con otros amigos. Incluso solían estudiar juntas, porque Leah sacaba mejores notas. A Leah le encantaba enseñar a su amiga, que no era especialmente atenta en las clases, porque era una manera de agradecerle su amistad.

Aunque había sospechado a menudo que Rachel decidió hacerse amiga suya inicial mente para irritar a su madre, Rachel acabó demostrándole que era una amiga leal y genuina.

La grave voz de Reece hizo que Leah volviera a centrarse en la conversación.

—Leah hace un trabajo magnífico con el niño, Margo. Lo único que sucede es que Bobby no está acostumbrado a ti.

—Por supuesto que está haciendo un trabajo magnífico con el niño —dijo Margo en tono acaramelado.

Leah hizo una mueca, pues hacía años que sabía que Margo era una experta en asentir ante algo que se le hubiera dicho para expresar a continuación su punto de vista de todos modos.

—Lo único que sucede es que a los niños se les pegan las cosas más extrañas. ¿Te has replanteado la posibilidad de contratar a una niñera? Sería muy beneficioso para el niño. He oído hablar de dos candidatas ideales, cultas y bien preparadas, que podrían exponer a Bobby a una variedad educativa y cultural que de otro modo no obtendría.

—Mi hijo ya recibe las influencias y la educación que sus padres desean, Margo —dijo Reece, y Leah se relajó al percibir el ligero tono de advertencia de su voz.

Le conmovió tener aquella prueba de que Reece la defendía aunque no estuviera presente. Raramente le había preocupado que Reece pudiera verse influido por lo que Margo pudiera decirle en privado, pues ya sabía lo que pensaba de sus ex suegros. Había hecho lo posible por evitar que Bobby fuera criado por Margo. En realidad, aquél era el principal motivo por el que se había casado con ella.

—Por supuesto, querido —continuó Margo—. Sólo lo he mencionado por si tú… y Leah, habíais cambiado de opinión. Tengo que seguir atenta a esos detalles mientras Robbie crezca.

Robbie. La insistencia de Margo en utilizar aquel nombre siempre irritaba a Leah. Margo había dejado bien claro a su hija antes de que el niño naciera que no sólo no le gustaba el nombre de Robert, sino que también desaprobaba el apodo de Bobby porque era muy común. Refiriéndose a él como Robbie se sentía menos herida en su sensibilidad.

Leah se sintió culpable por estar escuchando a escondidas y dio unos pasos atrás antes de avanzar y entrar en el cuarto de estar. Bobby saltó del regazo de su padre y corrió hacia ella como si no la hubiera visto en todo el día.

Se agachó automáticamente para tomarlo en brazos y volvió a llevarlo con su padre.

—Hola —sonrió educadamente a Margo y a su igualmente elitista marido Neville. Normalmente éste dejaba que fuera Margo

la que hablara, aunque sólo lo hacía porque ella apenas le dejaba hueco para intervenir—. ¿Os apetece algo de beber? Tenemos té frío y algunos refrescos.

Margo la miró con expresión crítica. Leah sabía que sus camisa de algodón y sus vaqueros suponían para ella un indicio de sus orígenes humildes.

—Creo que preferiría algo más fuerte… querida. Leah miró a Reece.

—¿Te importa ocuparte? —preguntó. Ella no servía alcohol a nadie. Su familia y su infancia habían sido destruidas por el alcohol y su parcialidad hacia el tema era tan intensa que no quería tener nada que ver con ello.

Sabía que Reece tenía alcohol en la casa y que de vez en cuando tomaba una copa, pero ella se limitaba a quitar el polvo del armario bar y de las botellas. Margo estaba al tanto de todo aquello, y por eso había pedido una bebida más fuerte. Y lo hacía cada vez que Neville y ella pasaban de visita. Debido a que nunca había hablado de aquello con Reece, no sabía si éste se daba cuenta de lo que solía pasar.

—¿Qué queréis beber, Margo? ¿Neville? —Reece se puso en pie y entregó automáticamente el niño a Leah.

—Un vodka para mí. ¿Qué quieres tú, Neville? —Antes de que su marido pudiera responder, Margo añadió—: Que sean dos.

Reece fue a su estudio y Leah ocupó uno de los sillones. En lugar de sentar a Bobby en su regazo, lo dejó en el suelo.

—¿Por qué no vas por tus bloques? A tus abuelos les gustaría verte construir algo.

Bobby se metió un dedo en la boca y pensó en ello. Leah señaló la mesita bajo la que se hallaban los bloques alfabéticos del niño. Bobby los miró y luego lanzó una tímida mirada a Margo y Neville. El suave «adelante» de Leah lo impulsó a moverse hacia la mesita, pero se detuvo a medio camino y volvió corriendo a subir a su regazo.

—El niño tiene quince meses, ¿no?

Debido a la ausencia de Reece, el tono de Margo había perdido por completo su dulzura. Leah supo que algo se avecinaba.

Miró a Margo y se obligó a sonreír.

—Sí. Cumplió quince meses la semana pasada.

—¿Vas a llevarlo a su revisión?

—Tiene una cita para la semana que viene —replicó Leah. Margo lamentaba tanto que ella hubiera adoptado al niño que no perdía oportunidad de cuestionar su competencia.

Fue un alivio que Reece regresara en aquel momento con las bebidas.

En cuanto tuvo la suya en la mano, Margo continuó con el asedio.

—Ya debe haber llegado el momento de vacunarlo contra el sarampión, las paperas y la rubéola. Espero que alguien te haya informado al respecto.

Leah no dejó de sonreír mientras Reece se sentaba.

—He leído…

—¿Has preguntado a los médicos sobre la conveniencia de vacunarlo por separado de cada cosa? Mi médico me ha dicho que a veces da problemas administrar las tres vacunas a la vez.

—Como estaba diciendo, he leído bastantes cosas al respecto —repitió Leah con calma—. También he hablado de las alternativas con nuestro médico.

Margo alzó las cejas.

—¿Cuándo?

—En la última revisión de Bobby.

—No me importaría asistir a la siguiente —dijo Margo enérgicamente—. Me gustaría comprobar por mí misma que ese médico es la persona adecuada para ocuparse de las necesidades de mi nieto.

Leah logró mantener una expresión más o menos cortés a pesar de saber que Margo hacía aquello solo para avergonzarla, no por el bien del niño.

—Leah y yo estamos muy satisfechos con nuestro médico —dijo Reece—. No hay motivo para que te preocupes.

El tono en que habló hizo comprender a Margo que se estaba excediendo. Estaba a punto de decir algo cuando él siguió hablando.

—Vamos a ir a la ciudad a cenar. Nada sofisticado; unas hamburguesas y algo de beber en el Lasso, pero si os apetece acompañarnos, sois bienvenidos.

Aunque aquélla era la primera noticia que tenía del plan, Leah

sintió una mezcla de alivio y diversión al oír a Reece. Margo y Neville solían presentarse casi siempre cuando ella estaba a punto de servir la cena y, lógicamente, tenía que invitarlos.

Normalmente eran ocasiones incómodas y molestas para Leah, pues Margo no paraba de llevarle la contraria con sus sutiles y a veces hirientes comentarios. Comprendía que estuvieran desolados por la muerte de su hija, pero no tenía por qué aceptar que volcaran en ella su resentimiento.

Siempre había esperado que Reece captara todo aquello y reaccionara en consecuencia y, al parecer, el momento había llegado.

El Lasso era un restaurante sencillo y familiar al que Margo y Neville no habrían ido a comer ni muertos, de manera que era casi seguro que declinarían la invitación. El hecho de que hasta el día anterior Reece nunca hubiera salido a comer fuera con Leah hizo que su sugerencia fuera una agradable sorpresa.

Margo se recuperó rápidamente de la conmoción.

—Ah, de manera que nuestra Leah se libra de cocinar hoy. Me alegro por ti, querida. Supongo que preparar lo mismo día tras día debe resultar agotador. Nunca he entendido por qué Reece no contrató una nueva cocinera y asistenta cuando la última se retiró, pero supongo que disfrutas manteniéndote en forma en lo que mejor se te da —sin apenas tomarse tiempo para respirar, miró a Bobby y le dedicó una persuasiva sonrisa—. Ven aquí, Robbie. Dale un beso a la abuela antes de que se vaya a casa —alargó una mano perfectamente manicurada hacia el niño, pero hizo una mueca de desagrado cuanto éste ocultó tímidamente su rostro contra la blusa de Leah.

—Tal vez ayudaría que lo llamaras Bobby —se atrevió a decir Leah, aunque con gran delicadeza.

Margo fue incapaz de ocultar su sorpresa al oírla.

—Vaya, querida, eso ha sonado casi como una crítica.

—Sólo ha sido una sugerencia.

Las palabras de Leah fueron el preludio a un incómodo silencio. Entonces, Neville se levantó y, al parecer, aquélla fue la señal para que Margo también lo hiciera.

—Nos vamos —dijo, y dedicó una amplia sonrisa a Bobby a la vez que movía juguetonamente los dedos—. Adiós, niño tímido.

Puede que la próxima vez quieras darle una auténtica bienvenida a tu abuela —en tono absurdamente cantarín añadió—: Te traerá un regalo.

Afortunadamente, las despedidas acabaron enseguida y un momento después Reece acompañaba a sus ex suegros hasta la puerta. De inmediato, Bobby saltó del regazo de Leah y fue a buscar la cesta de sus bloques. Sacó uno, lo alzó en alto y declaró:

—¡Bloque!

Leah sonrió. El niño volvía a ser el de siempre.

—Eso es. Muy bien. ¿Quieres que los llevemos al dormitorio mientras mamá arregla los cajones?

Se levantó y ayudó al niño a llevar la cesta al dormitorio principal. Mientras Bobby se ponía a jugar con los bloques junto a la cama, ella terminó de forrar los cajones. Había ido por una cesta para empezar a empezar a trasladar la ropa de los cajones antiguos a los nuevos cuando se encontró con Reece en el pasillo.

—No iras a ponerte a lavar la ropa ahora, ¿no? —preguntó él con el ceño fruncido. Por su expresión, era evidente que Margo no se había ido sin soltar una de sus puyas.

—No. Iba a empezar a trasladar tu ropa.

—Deja la cesta. Traeré directamente los cajones. No tendría sentido trasladarlo todo dos veces.

Poco a poco, Reece fue llevando los cajones. Tras ayudar a Leah a meter la ropa en los nuevos, volvió a llevárselos. Ella aprovechó aquel momento para cambiar al niño de pañal y luego volvió al dormitorio para animarlo a guardar los bloques en la cesta.

—¿Qué te parece si nos vamos a la ciudad? —preguntó Reece cuando volvió—. Podemos trasladar tus cosas luego. Leah sonrió.

—Buena idea. Estaba esperando a que ya sabes quién empezara a preguntar ya sabes qué. Para cuando lleguemos y hayamos encargado la cena, estará más que listo para… ya sabes.

La fría expresión de Reece dio paso a otra de desconcierto.

—¿Ya sabes quién y ya sabes qué? Me pregunto cuánto tiempo va a durar eso.

—No mucho —dijo Leah a la vez que alzaba las cejas—. En caso de que no te hayas dado cuenta, la criatura en cuestión nos ha mirado en cuanto he dicho «ya sabes quién», así que me temo que se da mucha más cuenta de todo de lo que parece. Vamos a tener

que buscar otras formas de comunicación.

Reece sonrió cuando miró a Bobby, que acababa de meter otro bloque en la cesta. El amor y el orgullo que sentía por él eran evidentes en su expresión, de la que se había esfumado como por ensalmo toda dureza. Parecía muy relajado y sus duras facciones resultaban muy atractivas. Leah no pudo evitar que su corazón latiera más rápido mientras lo miraba.

Diez minutos después salían para cenar. Después del ajetreado día que habían tenido, para Leah fue un alivio no tener que cocinar y limpiar luego. Bobby disfrutó mucho de la salida, otro acontecimiento menor que hizo que Leah volviera a tener la agradable sensación de pertenecer a una verdadera familia.

Pocas personas habían visto a los tres en público hasta entonces, y quedó claro que Reece se sintió ligeramente incómodo cuando otros clientes del restaurante los saludaron con la mano o se detuvieron junto a su mesa para charlar un momento, aunque no hizo ningún comentario al respecto.

Después volvieron al rancho y Reece ayudó a Leah a trasladar sus cosas al dormitorio. También participó en el baño del niño y ayudó a ponerle el pijama y a meterlo en la cama. Después, Leah recogió sus artículos de tocador de su baño y los trasladó al de Reece.

Cuando terminó se quitó las horquillas y el pasador del pelo. La actividad del día la había mantenido distraída, pero su tensión había ido creciendo durante las dos horas anteriores. Aunque se habían pasado el día preparando las cosas para compartir la misma cama, aún parecía demasiado pronto.

No le sirvió de ayuda recordarse que deberían haber superado aquel punto hacía meses. El hecho de que lo estuvieran haciendo ahora, y sólo debido a la insistencia de Reece, parecía tan radical y poco aconsejable como que se hubieran casado.

Entonces recordó el beso de la noche anterior y el de aquella tarde y se puso a temblar con una potente mezcla de temor y excitación femenina. ¿Se tomaría Reece las cosas con calma y esperaría a que se desarrollaran otros sentimientos entre ellos, o le daría lo mismo? En cuanto ella había sacado a relucir el tema del divorcio, él se había opuesto frontalmente a la idea.

¿Precipitaría las cosas en el dormitorio para consumar su

matrimonio? Probablemente sabía que si daban aquel paso Leah tendría muchas más dificultades para dejarlo.

Y un hombre no tenía que estar necesariamente enamorado de una mujer para mantener relaciones sexuales con ella. Pero ella lo amaba y carecía de la experiencia necesaria para saber si podría oponer resistencia si él decidía seducirla.

¿Cómo podía sacar a relucir el tema sin sonar como una virgen nerviosa? ¿Cómo podía decirle una a su marido que unos cuantos besos estaban bien, pero que no quería nada más? ¿Comprendería Reece que su falta de experiencia y su timidez natural resultaban especialmente inhibidoras cuando pensaba en hacer el amor?

Dejó las horquillas y el pasador en la encimera.

«Ten cuidado con lo que deseas…».

El viejo dicho volvió a resonar en su mente. De pronto no pudo soportar la idea de trasladarse por completo al espacio de Reece. Para conservar parte de su intimidad y autonomía, tomó el jabón, el champú, el secador y un cepillo y volvió con todo a su antiguo cuarto. Al menos esa noche se ducharía allí. Tras sacar su camisón y su bata del nuevo tocador, pasó rápidamente por el dormitorio de Bobby.

El niño dormía plácidamente y Reece debía estar en el despacho, ocupándose de algún papeleo del rancho. Si se daba prisa, tal vez ni se enteraría.

Se duchó rápidamente, se secó el pelo y luego se puso el camisón y la bata. El camisón era de un tono amarillo suave totalmente opaco y le llegaba hasta los tobillos, lo mismo que la ligera bata a juego.

Cuando pasó de nuevo por el cuarto de Bobby para ir al dormitorio principal lo último que esperaba era encontrar allí a Reece esperándola.

Se detuvo al verlo sentado en uno de los sillones que debía haber trasladado allí mientras ella se duchaba.

Con evidente interés masculino, Reece deslizó su oscura mirada por la bata de Leah hasta detenerse en sus pies desnudos.

Ella tampoco pudo evitar mirarlo abiertamente. El también debía haberse duchado, porque aún tenía el pelo un poco húmedo y tan sólo vestía unos vaqueros sin abrochar. Dado que no llevaba camisa, la mirada de Leah pudo detenerse en los bien definidos

músculos de su fuerte pecho y en el ligero vello oscuro que lo cubría. Su intensa masculinidad pareció envolverla.

—¿Supone algún problema para ti utilizar la ducha de nuestro dormitorio?

Leah se puso tensa al escuchar la pregunta.

—Estoy un poco… nerviosa. Ha sido una decisión de… de última hora. Tal vez. No se…

La conciencia de su balbuceante respuesta le hizo ruborizarse intensamente, y se sintió como una adolescente. No lograba apartar los ojos de Reece, de sus musculosos brazos y sus largas piernas. Él también estaba descalzo. Los vaqueros desabrochados le hicieron pensar de repente que tal vez se los había puesto después de la ducha porque no utilizaba pijama.

Por tanto, cuando se metiera en la cama no llevaría nada. El hecho de no ver rastro de ropa interior tras el botón del pantalón hizo que su corazón latiera más deprisa.

Capítulo 7

Era desconcertante recordar que hacía poco más de cuarenta y ocho horas estaban tan distanciados el uno del otro que Leah se había sentido impulsada a acercarse a Reece con una oferta de divorcio.

Desde entonces habían pasado por una serie de pequeños cambios que habían parecido terremotos comparados con la absoluta quietud de su no relación anterior. Pero Leah empezaba a ver el cambio que se avecinaba, el de compartir la cama, como algo peligroso y potencialmente desastroso.

Era demasiado pronto. Se sentía incapaz de enfrentarse a aquello, a pesar de que había pasado años soñando con Reece. Pero sus fantasías románticas y nebulosos deseos no se parecían nada a la descarada realidad sexual de un Reece Waverly semidesnudo.

Leah enlazó los dedos ante su cintura para controlar su temblor. Se sentía tan tímida y extraña, y él estaba tan callado…

—Espero que mi despertador no te moleste.

Suelo despertarme antes de que suene, así que puede que ni siquiera llegues a oírlo.

Apretó los labios y rogó para que Reece terminara con aquel suspense.

—Estás nerviosa —dijo él con calma.

—Y tú no —replicó ella—. Lo siento. Esto no debe suponer un gran cambio para ti, porque ya has estado… casado —se esforzó por sonreír, pero no supo si lo logró—. Trataré de tener una actitud más adulta al respecto —a continuación se volvió hacia la cama—. ¿Qué

lado prefieres?

—Me da lo mismo. Elige tú.

Leah optó por el lado más cercano a la puerta del baño, pues allí era donde había puesto su despertador. Apartó la colcha y la sábana de encima y desabrochó con dedos temblorosos el cinturón de su bata. Una rápida mirada hacia Reece le reveló que estaba observando cada uno de sus movimientos con verdadero interés. Tras dejar la bata perfectamente doblada a los pies de la cama, se sentó en ésta y oyó que Reece se levantaba para acercarse.

—Pareces muy asustada.

—Lo estoy —replicó ella de inmediato, y luego movió la cabeza como si todo aquello la superara—. ¿Por qué hemos hecho esto, Reece? Y todo el dinero que hemos gastado hoy…

Sintió que la cama se hundía ligeramente a su lado y se puso tan tensa que casi le dolió. Estuvo a punto de dar un respingo cuando Reece apoyó una mano sobre su hombro.

—Estás terriblemente tensa, cariño. Túmbate para que pueda darte un masaje.

Instintivamente, Leah hizo amago de levantarse, pero él se lo impidió con la mano.

—Sólo podrás relajarte si dejas que te demuestre que puedes confiar en mí.

—No tienes que demostrarme nada. —Leah lo miró por encima del hombro—. Puedo relajarme sola. Estaré bien.

—Esta noche no. No pienso tumbarme junto a un muelle a punto de saltar.

La seria mirada de Reece hizo que Leah se avergonzara de su actitud. Se sentía como una completa tonta, y sabía que Reece no aguantaba las tonterías.

Sólo cedió porque estaba segura de que su nerviosismo lo había ofendido. Reacia, se tumbó boca abajo en la cama, pero no antes de asegurarse de que el camisón seguía cubriéndola hasta los tobillos.

Reece colocó las rodillas a ambos lados de sus muslos antes de retirar cuidadosamente la almohada en que apoyaba la cabeza. Leah no pudo evitar un agradable estremecimiento cuando reunió su largo pelo para retirarlo a un lado.

—Es como seda. Deberías llevarlo suelto más a menudo —dijo mientras empezaba a masajearle los hombros—. ¿Te han hecho

alguna vez un masaje para relajarte?

El suave «no» de Leah no sonó nada firme.

No podía recordar no desear ser acariciada. Y debido a que su anhelo era tan fuerte y a que se sabía especialmente vulnerable a él, se había mantenido tan estrictamente apartada de cualquier oportunidad de que sucediera que la única persona a la que había permitido cruzar alguna vez aquella línea era a Bobby. Bailar con Hoyt Donovan había sido todo un acontecimiento para ella, aunque aquello no había sido nada comparado con lo que estaba pasando en aquellos momentos.

Lo que estaba experimentando con Reece era una dimensión nueva y más profunda de las caricias, y no sólo por el elemento sexual sino porque lo amaba mucho.

Mientras las manos de Reece seguían elaborando su magia, Leah sintió el pleno horror de aquel descubrimiento. Lo había amado durante años, sí, pero durante las semanas anteriores se había esforzado mucho por aturdir y apagar sus sentimientos hasta lograr empezar a desapegarse de la idea de amarlo.

Sin embargo, la intensidad de su amor había vuelto a renacer durante aquellos dos últimos días, especialmente con el beso de la noche anterior. El horror que había sentido de repente se debía a que acababa de darse cuenta de que nunca había amado a Reece tanto como en aquellos momentos.

—Estás luchando contra mí, querida —murmuró él, y Leah sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. La persona contra la que estaba luchando era en realidad ella misma, aunque Reece nunca lo habría adivinado.

Leah nunca se había considerado a sí misma autodestructiva, pero empezó a preguntarse si lo sería. Si aún poseyera la fuerte voluntad de sobrevivir que la había llevado hasta allí, habría encontrado la fuerza necesaria en su interior para alejarse de las manos de Reece y ocultarse tras una puerta cerrada, o al menos para rechazarlo y mantenerse firme en su decisión.

Pero las manos grandes y fuertes de Reece se movían con devastadora autoridad sobre ella, extendiendo una magia intoxicante que irradiaba a cada rincón de su cuerpo. Y cuando empezó a sentir cómo se acaloraban sus partes más femeninas supo que aquél era el principio del fin para ella.

Lo que Reece le estaba haciendo aseguraría que pudiera tener cualquier nivel de intimidad física que quisiera con ella, cuando quisiera, tan a menudo como quisiera y durante el tiempo que quisiera. Lo que asombraba a Leah en aquellos momentos era haber podido sobrevivir tantos años sin satisfacer la básica necesidad humana de ser acariciado.

Mientras entraba en un estado de sensualidad cercano al sueño, se preguntó si el corazón de Reece estaría al menos mínimamente implicado en aquello. ¿O todo lo sucedido durante las pasadas cuarenta y ocho horas, incluyendo el masaje, había sido el mero resultado de las tácticas de un hombre experimentado que quería mantener intacto su matrimonio?

Fuera como fuese, las sensaciones que le transmitían sus manos parecían muy reales y, poco a poco, Leah se sumergió en un profundo sueño inducido por el dulce placer de sus caricias.

Despertó a la mañana siguiente unos minutos antes de que sonara el despertador. La calidez masculina que sentía presionada contra su espalda, de la cabeza a los pies, y el brazo que descansaba pesadamente contra su cintura, creaban una sensación de seguridad y pertenencia que había sentido muy pocas veces en su vida.

Permaneció muy quieta, saboreando el momento. Luego movió un brazo y lo apoyó cautelosamente sobre el de Reece. ¿Se atrevería a enlazar sus dedos con los de él? La pesada respiración de Reece indicaba que aun seguía dormido, de manera que deslizó los dedos cuidadosamente entre los de él y los curvó sobre su callosa palma. Pero de pronto pensó que aquel jugueteo con un hombre que llevaba más de año y medio de celibato podría ser interpretado de un modo para el que ella no estaba preparada.

Reece podría despertar y deducir que aquélla era la oportunidad para dar por terminado su celibato.

Más le valía dejarse de tonterías y salir de la cama. Al ir a moverse notó que el camisón se le había subido hasta la cintura durante la noche. Al darse cuenta al mismo tiempo de que Reece se había metido completamente desnudo en la cama, comprendió que salir de ésta era imperativo.

Y lo habría logrado si Reece no la hubiera retenido con su brazo y la hubiera atraído hacia sí.

—Aún tienes cuatro minutos —dijo, con la voz ligeramente

ronca a causa del sueño.

—Pero ya estoy despierta —replicó Leah, y él rió.

—Yo también.

Reece hizo que Leah girara en la cama hasta dejarla de espaldas y luego se apoyó en un codo para mirarla. La miró un momento y luego inclinó la cabeza hacia ella.

La besó con tal delicadeza que Leah sintió una oleada de calidez recorriendo su cuerpo. El roce de su incipiente barba añadió un matiz de aspereza a la sensación, pero el beso terminó demasiado pronto como para que le diera tiempo a decidir si le gustaba o no.

—Buenos días —dijo Reece.

—Buenos días —replicó ella con timidez. Reece alargó una mano hacia la mesilla de noche y desconectó el despertador unos momentos antes de que sonara.

—Ahora ya puedes irte —dijo, y a Leah no se le paso por alto el destello de humor que vio en su mirada.

Salió de la cama, fue al tocador por una muda de ropa interior y al armario por unos vaqueros y una camisa y luego entró en el baño. Cuando terminó de prepararse y salió, Reece ya se había vestido y estaba esperando su turno.

Bobby aún dormía profundamente, de manera que Leah fue directamente a la cocina a preparar el desayuno. El mundo parecía haber cambiado. Mientras hacía sus tareas sintió un grado de satisfacción y permanencia hasta entonces desconocidos para ella, tal vez porque empezaba a sentirse más como una esposa que como una cocinera y asistenta.

¿Y Reece? ¿Sentiría él algo parecido? ¿O sólo sentiría cierto alivio al pensar que el hecho de haber compartido con ella la cama había alejado el fantasma del divorcio?

Decidida a mantener sus esperanzas a raya, Leah siguió con sus tareas.

Después de desayunar, Reece salió fuera a trabajar y Leah siguió su rutina habitual. Reece le había recordado que podía donar los muebles que ya no les hacían falta y le había pedido que hiciera los arreglos necesarios para que algunos de los hombres del rancho se ocuparan de llevárselos aquel mismo día.

Una llamada a la iglesia bastó para ponerlo todo en movimiento. El pastor aceptó que enviara allí el mobiliario para hacer la

donación anónima que Lean pretendía. Los muebles serían entregados a una familia que había perdido recientemente sus posesiones en un incendio.

Los hombres fueron a cargar los muebles a media mañana. Antes de que se marcharan, Lean les pidió que pasaran por allí un momento al volver para meter los antiguos muebles del dormitorio de Reece en la habitación que había quedado vacía.

Para cuando todo estuvo listo y ella sirvió el almuerzo, Bobby ya estaba lo suficientemente cansado como para echar su siesta, de manera que no insistió demasiado en que comiera.

Reece permaneció en silencio durante casi todo el almuerzo, y Leah se preguntó cuál sería la causa. Ni siquiera las travesuras de Bobby llamaron su atención. No pudo evitar pensar que las cosas volvían a ser como siempre. Reece la había besado aquella mañana antes de que saliera de la cama, pero después no había habido nada. Sí, la había mirado una vez, pero ella no había percibido ningún interés en aquella mirada.

De pronto resultaba difícil reconciliar el frío distanciamiento de Reece con el hombre intensamente *sexy* que la había esperado sentado la noche anterior en el dormitorio.

El abandono emocional de la infancia de Leah y toda una vida de inseguridad hicieron imposible ignorar el significado de aquello.

Tras ayudar a Bobby a terminar su leche y limpiarle las manos y la boca con la servilleta, Leah se levantó para tomarlo en brazos.

—Dile a papá que lo verás luego —dijo con suavidad, y el niño se puso a llorar.

—¡Siesta no, mamá! ¡No!

—Sí, cariño mío. —Leah sonrió y estrechó a Bobby entre sus brazos con ternura.

Reece la miró un momento, pero apartó la vista rápidamente. Luego alargó la mano para palmear la espalda del niño.

—Ve con mamá y haz lo que te diga.

Mientras llevaba el niño al dormitorio Leah oyó el timbre de la puerta, pero hizo caso omiso, ya que Reece estaba en casa.

Tras meter a Bobby en la cama y comprobar que iba a quedarse dormido en pocos minutos, salió de la habitación. No había oído el timbre por segunda vez, y no vio a nadie en el cuarto de estar ni en la cocina, de manera que supuso que quienquiera que hubiera

llamado se habría ido ya o estaría en el despacho de Reece. Mientras avanzaba por el pasillo oyó que éste decía algo, pero no vio a Hoyt Donovan hasta que entró en la habitación.

—Y ahora que hemos dejado aclarado eso —estaba diciendo Hoyt—, estoy intrigado por saber si seguiste mi consejo respecto a Leah la otra noche.

La pregunta impactó a Leah como una auténtica bofetada y se quedó paralizada en el sitio. Sintió un profundo dolor seguido de un arrebato de rabia tan intenso que hizo que se ruborizara hasta la raíz del pelo.

Había sido justo después de la marcha de Hoyt cuando Reece le había dado aquel impactante beso en el dormitorio de Bobby, seguido de su insistencia en que compartieran la cama.

—¿Qué consejo era ése, Hoyt? —preguntó, demasiado enfadada como para pensar con claridad, y tuvo la satisfacción de ver que ambos hombres se sobresaltaban—. Por cierto, ¿te apetece algo de beber? ¿Un té frío?

Hoyt pareció dudar, algo nada habitual en un hombre al que jamás parecían faltarle las palabras. No podría haber confirmado más enfáticamente las sospechas de Leah aunque hubiera hecho una confesión completa.

Ella se obligó a sonreír, aunque le costó verdaderos esfuerzos.

—No tienes por qué contestar a eso, Hoyt. Estoy segura de que tenías buena intención. ¿Quieres un poco de té?

—No. No, gracias, Leah. No quiero darte más trabajo extra del que tienes.

—Servirte el té sería el menor trabajo extra que he realizado estos dos últimos días —dijo Leah, que fue incapaz de no volver la mirada hacia la glacial expresión de Reece. Estaba deseando decirle algo, pero la reserva y timidez de toda una vida volvieron a reafirmarse—. Si cambias de opinión respecto al té, avísame.

A continuación salió del estudio y fue a la cocina, donde se puso a recoger las cosas con tal ferocidad que terminó en tiempo récord.

Lo cierto era que estaba más enfadada consigo misma que con Reece. Éste había adorado a Rachel, y no podía culparlo por ser incapaz de encontrar un hueco en su corazón para ella, pero no podía evitar preguntarse hasta qué punto le habría supuesto un esfuerzo pasar por las formalidades que se había propuesto con ella.

Pero tal vez sí habían conseguido algo con todo aquello. Era posible que Reece hubiera entendido con claridad que besar a una mujer y compartir la cama con ella, junto con las demás cosas inconsecuentes que habían hecho aquellos dos días, no eran cosas a las que tenía que someterse indefinidamente.

A fin de cuentas, él había vivido la experiencia real, y debía repelerle tener que someterse a aquellas formalidades después del apasionado romance que había vivido con Rachel.

Dado el distanciamiento que estaba manifestando hacia ella aquel día, ya debía haberse dado cuenta de ello. Leah no pudo evitar sentirse dolida al darse cuenta de la rapidez con que había llegado a aquella conclusión.

Un cosquilleo en la parte trasera del cuello le hizo volver la cabeza para mirar por encima de su hombro.

La sorpresa de ver a Reece a poco más de un metro de distancia con los brazos cruzados sobre el pecho hizo que se sobresaltara. Se apartó de la encimera y se volvió hacia él.

Capítulo 8

Hoyt debía haberse ido a casa, porque no apareció por allí. Leah no lo culpaba. Una mirada a la tormentosa expresión de Reece le bastó para desear estar en otro sitio.

—Esto no va a funcionar, Reece. Ya lo sabes, ¿verdad? —Teniendo en cuenta que sentía que el corazón se le había subido a la boca, su voz sonó sorprendentemente firme.

—Por supuesto que va a funcionar —gruñó Reece. Leah apartó la mirada.

—Está claro que no soy la mujer adecuada para ti. Si lo fuera, las cosas habrían sucedido naturalmente entre nosotros estos dos últimos días. No habría necesitado que alguien te aconsejara sobre lo que debías hacer y tú no habrías tenido que… forzarlas.

—Estás equivocada.

—¿En qué estoy equivocada? Hoyt te dio un consejo y tú decidiste asumirlo. Nos hemos besado un par de veces y hemos compartido la cama. Supongo que habrás pensado que no puedes seguir así.

Reece apartó la mirada y suspiró con aspereza. Cuando volvió a mirar a Leah, su expresión se había suavizado.

—Sé lo que has oído y es lógico que te sientas herida. Admito que Hoyt suele dedicarse a dar consejos que nadie le pide, pero si crees que he tenido que forzarme para hacer cualquiera de esas cosas, estás más ciega que un murciélago.

Leah movió la cabeza, incrédula.

—Oh, Reece —hizo una pausa al ver un destello de rabia en su

mirada—. Me quedaré contigo mientras quieras que lo haga, pero no fuerces las cosas entre nosotros por temor a que me vaya, por favor.

—¿Crees que me obligué a besarte? —Reece descruzó los brazos con una expresión mezcla de diversión y enfado.

Leah lo miró con cautela.

—No sé, pero no puedo soportar pensar que fuera así. Y hoy has vuelto a mostrarte distante e infeliz, como antes. No esperaba grandes gestos románticos por tu parte, pero sé reconocer las señales de prohibido el paso.

Reece entrecerró los ojos.

—¿Quieres saber por qué he estado distante hoy, o prefieres seguir sacando conclusiones por tu cuenta?

Leah apartó la mirada. Se apoyó de espaldas contra la encimera y se cruzó de brazos, resignada.

—Supongo —dijo.

Reece avanzó hacia ella en dos zancadas y la tomó con ambas manos por la cintura. Antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, la alzó y la sentó en la encimera. Ella se agarró instintivamente a sus hombros y dejó las manos en ellos.

La mirada de Reece era turbulenta y su expresión severa.

—¿Estás segura de querer oírlo?

Leah asintió, indecisa.

—Lo único en lo que he logrado pensar hoy es en cuánto tiempo llevo sin mantener relaciones sexuales.

Leah se ruborizó al oír aquello y apartó la mirada. Reece le presionó con delicadeza la cintura para que volviera a mirarlo. Cuando Leah lo hizo, vio el ardor que encendía su mirada.

—No me fió de mí mismo, porque sería capaz de llevarte a la cama mientras el niño echa la siesta. Y no sería justo presionarte y meterte prisa sólo porque estoy ardiendo. Mereces más que eso.

Leah estaba tan conmocionada que no se pudo mover.

—¿Te vale esa explicación? —preguntó él con aspereza, en tono casi beligerante.

El suave «sí» de Leah apenas sirvió para calmarlo. Ella habría querido hacer algo más que dejar las manos apoyadas en sus hombros, pero Reece estaba tan tenso que la carne cubierta por la tela de la camisa que sentía bajo sus palmas parecía de acero.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó con aspereza. Leah no pudo evitar que se le escapara una risita nerviosa.

—Temo moverme.

Sintió que parte de la tensión de Reece desaparecía a la vez que hacía un ruido mezcla de gruñido y risa. Luego se inclinó hacia ella para besarla a la vez que la atraía hacia el borde de la encimera.

Cuando sintió que encajaba las caderas entre sus piernas, la conmoción de Leah quedó oculta bajo la agresiva posesión de su boca. Se aferró a él y el intenso deseo que sintió le hizo gemir con suavidad.

Cuando creía que no iba a sobrevivir a aquel apasionado beso, Reece empezó a suavizar la presión de sus labios. Demasiado pronto, apartó su boca de ella a la vez que la ceñía con más fuerza.

Estaba temblando, y Leah sintió un revuelo de poder femenino en su interior. El corazón de Reece latía aún más deprisa que el suyo. Sintió que apoyaba la boca en su pelo y luego la deslizaba hasta su cuello, donde permaneció unos momentos antes de apartarse.

—Hay que tomarse las cosas con calma, señorita —dijo él con voz ronca—. Al menos mientras es de día —observó el ruborizado rostro de Leah, alzó la mirada hacia su pelo y luego la detuvo en sus labios—. Busca algo tranquilo que hacer. Deja que vuelva a mis papeleos para olvidar que estás en la casa.

Leah se quedó mirándolo, aturdida. Reece nunca había parecido más duro, más masculino y poderoso, y ella sentía que su feminidad estaba en completa sintonía con él. Ya nunca podría volver a pensar que había algo falso en todo aquello.

Reece la bajó de la encimera y luego salió de la cocina sin mirar atrás. Leah tuvo que apoyarse contra le encimera porque las piernas apenas la sostenían en pie.

Pasaron varias horas antes de que comprendiera que había un mundo de diferencia entre la clase de amor que ella anhelaba y aquello de lo que había hablado Reece. Y no había dicho que quería esperar hasta llegar a sentir algo por ella; lo que había dicho era que sólo podía pensar en el sexo, pero que no consideraba justo meterle prisa.

Una vez más, las consecuencias emocionales de todo aquello parecían interminables.

En cuanto Reece sintió lo distante que estaba su esposa a la hora de la cena, supo que aquella tarde había confesado más de lo debido. Notar su incomodidad le hizo sentirse como un animal obsesionado por el sexo.

Leah era una mujer más sensible que Rachel, y mucho más frágil y vulnerable. Había comparado a las dos por la fuerza de la costumbre, y en el pasado lo había hecho de manera que hacía quedar a Leah en todo caso como una segundona. Pero había una profundidad en ella que lo intrigaba y atraía, una candidez e inocencia que resultaban a la vez dulces y tristes.

Había empezado a sentir hacia ella casi tanta ternura como hacia su hijo, y eso llamaba su atención. Cualquier idea del posible papel de segundona de Leah había desaparecido y no sabía con exactitud cuándo había sucedido.

Hacia dos noches se había fijado en lo largo que era su pelo, en lo bonitos que eran sus ojos, y en lo sutilmente bella que era. Sutilmente porque no era la clase de belleza que llamaba la atención de inmediato, sino que lo hacía más despacio, poco a poco, hasta que uno no podía apartar la mirada de ella.

Y aquélla era la mujer que se había ocupado con tanto mimo y esmero de él y de su hijo durante todos aquellos meses. La bondad y generosidad de su comportamiento hacía que resultara aún más bella.

Leah merecía mucho más de lo que había obtenido hasta entonces. Mientras cortaba un trozo de carne en su plato, Reece decidió hacer algo respecto al silencio que reinaba entre ellos.

—¿Qué sueles hacer cuando Bobby se queda conmigo a última hora de la tarde?

—Leo o veo alguna película en la tele —contestó Leah—. O me ocupo de alguna tarea de la casa. A veces salgo de paseo.

—Ya sabes que puedes ir a cualquier sitio que te apetezca del rancho. Si quieres puedes utilizar alguna de las rancheras. Sólo tienes que informar a alguien de a dónde vas. Lo mismo digo respecto a montar a caballo.

Leah bajó la mirada hacia su plato.

—Hace mucho que no monto. Lo más probable es que ya se me haya olvidado.

—Lo recordarás enseguida. Una de estas mañanas podemos salir

juntos a cabalgar.

Leah lo miró y Reece notó que le había gustado la idea.

—Tendría que buscar a alguien para que se ocupara de Bobby.

—Maggie podría hacerlo por las mañanas. —Reece se refería a la mujer de su capataz—. ¿Por qué no la llamas después de la cena? Saldremos la primera mañana que pueda ocuparse del niño.

Leah asintió y empezó a sentirse más cómoda. Bobby trató de empujar el plato fuera de la bandeja de su silla alta, pero ella lo tomó justo a tiempo.

—Supongo que hace tiempo que deberíamos haber buscado a alguien que echara una mano en la casa —continuó Reece—. Si tuvieras más tiempo para ti, no supondría ninguna complicación que saliéramos a cabalgar juntos algunas mañanas. Podemos contratar a quien quieras.

Leah dejó el plato del niño en la mesa. Le había encantado tener una casa de la que ocuparse, y se enorgullecía de haberío hecho bien. Sabía que en aquel aspecto no era muy moderna, pero nunca había estado especialmente obsesionada por ejercer una profesión, sobre todo porque durante toda su vida lo que más había anhelado había sido tener una familia y un hogar.

—Nunca pretendí que te ocuparas de todo después de que Ina se retiró —siguió Reece—. Creo que hemos hablado de eso un par de veces durante todos estos meses, pero Bobby se está haciendo mayor. Y las cosas están cambiando entre nosotros.

Leah miró el rostro de Reece mientras éste tomaba finalmente el trozo de carne que había cortado. Su sugerencia era de puro sentido común, pero no era más que otro cambio. Un cambio importante, ya que una de las cosas que Leah había agradecido durante los pasados once meses era la completa intimidad en que habían vivido. Sin una empleada del hogar residente, no había habido nadie para atestiguar el distanciamiento físico y emocional que había entre ellos, y mucho menos para descubrir que habían dormido en camas separadas durante todos aquellos meses.

Aún no estaba segura de cuánto iban a cambiar las cosas entre ellos, de manera que lo último que quería era meter a una persona desconocida en la casa. Nunca le habían gustado los cotillas ni los cotilleos.

—Pensaré en ello —dijo finalmente, a la vez que daba al niño su

taza.

Reece frunció el ceño y ella supo que se había impacientado con su respuesta.

—Yo cuento con personas que hacen cosas por mí —insistió él —, así que me parecería justo que tú también contaras con ayuda. Así tendrías más tiempo libre.

—Las personas que te ayudan a ti no duermen bajo este techo y no se pasan en casa todo el día, como haría una empleada del hogar.

Leah estaba pensando en lo sucedido aquella tarde cuando Reece había ido a la cocina. La posibilidad de que alguien los hubiera visto le hizo sentirse muy incómoda.

—En ese caso, busca a alguien que sólo venga unas horas —dijo Reece—. No hay ninguna ley que diga que tengamos que tener una empleada del hogar residente, como Ina. Lo cierto es que después de haberme acostumbrado a no tenerla en casa no estoy seguro de que me apetezca mucho volver a repetir la experiencia.

A Leah le agradó que Reece hubiera sugerido aquello y se relajó un poco.

—Yo no crecí con asistentas, cocineras ni niñeras, así que para mí es algo que carece de importancia —dijo—. Pero tienes razón respecto a Bobby. Cada vez está más activo, así que supongo que estaría bien que viniera alguien una o dos veces a la semana. Preguntaré por ahí para averiguar si hay alguien disponible.

—Bien. Haz las cosas que te apetezca y deja el resto para la persona que contrates. Más adelante, si decides que quieres contar con más ayuda, haz lo que te parezca oportuno. Depende de ti, ya que la casa es tu territorio.

Era un comentario típicamente machista y, más divertida que ofendida, Leah reprimió una sonrisa. Para alguien que nunca había tenido un hogar propio, y mucho menos cierta autoridad sobre él, estar a cargo de la casa del rancho Waverly era parecido a gobernar un pequeño reino.

Reece terminó su filete y bebió un poco de té frío.

—He preparado un postre —dijo Leah—. Nada especial. Es sólo un bizcocho de harina de maíz con azúcar espolvoreada. ¿Quieres un poco ahora o prefieres tomarlo más tarde, con el café?

—¿Es grande?

—No mucho.

La sonrisa de Reece envolvió a Leah en una cálida bruma.

—¿Suficiente para tomar un poco ahora y otro poco después?

Ella sonrió, halagada.

—Si quieres…

—Sí, quiero. Yo voy por él. ¿Dónde está?

—En el horno de arriba.

Reece se levantó, fue hasta el horno doble, sacó el bizcocho y lo llevó a la mesa. Mientras, Leah rellenó el vaso de leche de Bobby.

El niño, que había estado muy tranquilo, se animó de inmediato al ver el bizcocho.

—¡Cocho, cocho!

Reece lo cortó y sirvió un trozo para cada uno. Tras probar el suyo miró a Leah con una expresión ligeramente malhumorada.

—¿Piensas dejar que la mujer que contrates se ocupe de cocinar?

—Probablemente no. ¿Te gustaría que lo hiciera?

—¡Diablos, no!

Leah sonrió, pero luego señaló discretamente a Bobby, que se estaba metiendo un trozo de bizcocho en la boca.

—Cuidado, papi.

Reece asumió de inmediato una expresión penitente, aunque sus ojos sonreían.

—Gracias, mami. Cuidaré mi lenguaje. El bizcocho está muy bueno.

—Me alegra que te guste —dijo Leah antes de probar su trozo.

La conversación que habían mantenido mientras comían no había sido especialmente animada ni brillante, pero le había producido una sensación muy dulce de felicidad. Las dos personas que más quería en el mundo estaban allí con ella. Una de ellas la amaba totalmente, sin reservas, porque había crecido pensando que ella era su madre. La otra la trataba al menos como una amiga, y le había dejado claro que quería que siguiera en su vida. Y la deseaba. Tenía que haber algo en aquello, algo que pudiera crecer y convertirse en algo más.

Después del postre, Reece se ocupó de lavar las manos y la cara de Bobby y de ir a cambiarlo de pañal mientras Leah recogía la mesa y metía la vajilla en el lavaplatos. Regresó justo cuando ella

había terminado.

—¿Te apetece dar un paseo? —preguntó, y a Leah le encantó que lo hiciera.

Fueron caminando hasta los establos bajo el cálido sol de la tarde. Bobby los acompañaba y les hacía pararse cada dos por tres para investigar las innumerables cosas que llamaban su atención. Reece tomó a Leah de la mano y ella sintió un agradable cosquilleo por todo el cuerpo.

Una vez en los establos, Reece sacó su caballo alazán de la casilla. Subió a Bobby a la grupa y, sujetándolo con cautela, hizo que el caballo caminara por el pasillo del establo. E] niño se aferró a la rojiza crin del caballo y disfrutó a todas luces de la cabalgata. Cuando Reece lo tomó en brazos y lo dejó en suelo, empezó a protestar.

—¡Arriba, arriba! —exclamó mientras pateaba el suelo enrabietado y unos grandes lagrimones se deslizaban por sus mejillas.

Leah y Reece se miraron, sorprendidos, y trataron de no reír. Reece se irguió en toda su altura y se obligó a mirar al niño con expresión severa.

—Ya basta, Bobby.

Su tono grave y autoritario llamó la atención del niño, y el corazón de Leah se encogió al ver que se quedaba de pronto en silencio y miraba a su enorme padre con los ojos abiertos como platos.

—Así está mejor. Ven aquí. —Reece tomó a Bobby de la mano para que se acercara al caballo—. Dale las buenas noches a Boss.

Bobby alzó una mano y movió sus regordetes deditos.

—Buena noche.

El enorme caballo acercó su nariz a él y resopló. Bobby rió y alargó la mano hacia la cabeza del caballo.

—¡Arriba!

—Ahora no —dijo Reece—. Palméale el cuello y luego le dejaremos ir a dormir.

Leah observó mientras Reece tomaba la mano del niño y la guiaba hacia e] cuello del animal para que lo palmeara.

—Buena noche —dijo Bobby entono solemne.

Reece miró a Leah y sonrió. Luego alzó al niño y lo dejó al otro

lado del establo mientras él se ocupaba de guardar al caballo en su casilla.

Mientras volvían hacia la casa Bobby no dejó de parlotear sobre su aventura. Cuando llegaron al patio trasero, Leah y Reece se sentaron en el amplio banco balancín que había junto a la casa mientras el niño jugaba con unos camiones que solía tener fuera.

Reece pasó un brazo por los hombros de Leah y la atrajo hacia su costado. Tras un momento, tomó su mano izquierda y observó sus dedos.

—Ni siquiera te compré un anillo. El comentario fue totalmente inesperado, y Leah se sintió incómoda al instante.

—Tenías tantas otras cosas en la cabeza… Ambos las teníamos.

—No pongas excusas por mí, Leah. Incapaz de contenerse, ella apoyó una mano sobre la de él y lo miró a los ojos.

—Haré lo que quiera —lo retó con suavidad—. ¿Y qué habría significado un anillo hace once meses? Ya tenías bastante con todo lo demás.

Reece se puso repentinamente serio y bajó la mirada hacia sus manos unidas.

—No vamos a seguir evitando indefinidamente las cosas. Mañana mismo nos ocuparemos de los anillos.

—Por favor, Reece. Aún no sabemos si…

—Yo sí lo sé, Leah —interrumpió él con firmeza—. Esto es para toda la vida. A menos que puedas decirme que no sientes nada por mí y que dudas de que alguna vez llegues a sentirlo.

El silencio que siguió a sus palabras puso en un dilema a Leah, que se esforzó en buscar las palabras adecuadas.

—No podría decir ninguna de esas cosas —contestó finalmente. Tenía intención de ser más evasiva, pero en lugar de ello había revelado más de lo que pretendía. Contuvo el aliento con la esperanza de que Reece no se hubiera dado cuenta, pero su mirada le dijo que no había sido así.

—En ese caso, compraremos esos anillos mañana —dijo Reece, en un tono que no admitía réplica.

Leah apartó su mano y se levantó.

—Es hora de bañar a Bobby.

Sintió que Reece observaba cada uno de sus movimientos mientras ayudaba al niño a guardar sus camiones bajo el banco.

Cuando entraron en la casa, Bobby empezó con las protestas habituales de aquellas horas.

—Baño no, mamá. Cama no. Reece rió.

—No se puede meter a un niño pequeño en la cama sin bañarlo antes.

—¡Baño no!

Reece lo tomó en brazos mientras entraban en la habitación. Leah los siguió al baño.

Cuando Reece desnudó al niño, ella salió a sacudir sus pequeñas zapatillas, que se habían llenado de arena durante el paseo y mientras jugaba en el patio. Regresó justo cuando Reece terminaba de bañarlo y ella se ocupó de secarlo y vestirlo.

Tras una ronda de besos y abrazos acostaron a Bobby, que ya estaba medio dormido, y salieron del dormitorio.

—Será mejor que llames a Maggie antes de que se haga demasiado tarde —dijo Reece—. Tengo un par de cosas que terminar en el estudio. Luego estaré listo para la cama.

Había otro mensaje tras aquellas palabras y a Leah no se le pasó por alto. Pensó de inmediato en lo que Reece le había dicho aquella tarde sobre el sexo y el tiempo que llevaba sin practicarlo y sintió que sus mejillas se acaloraban.

Como no había vuelto a dar indicios de la fiereza masculina de la que había hecho gala en la cocina, Leah se había ido relajando, pero la tensión regresó en aquellos momentos con toda su fuerza, acompañada de una sensación de anticipación femenina que resultaba a la vez pavorosa y excitante.

Era demasiado pronto para aquel nivel de intimidad, y sin embargo sintió su poderosa tentación. ¿Podría tener Reece relaciones íntimas con ella manteniendo su corazón completamente al margen?

—¿Sucede algo malo?

Leah negó automáticamente con la cabeza y se obligó a sonreír.

—Me avergüenza un poco llamar a Maggie. —Leah se alegró de tener aquella excusa—. No he hablado con ella hace días, y nunca le he pedido que se ocupe de Bobby. Normalmente, cuando he necesitado a alguien he llamado a Marie, que trabaja en una guardería.

Reece asintió.

—Puedes ofrecérselo a Maggie como un trabajo regular con el sueldo que te parezca oportuno.

—Eso me parece buena idea.

Después de aquello cada uno fue a ocuparse de sus cosas y Leah agradeció aquel rato a solas. Maggie aceptó acudir a la casa a cuidar a Bobby cualquier mañana que Leah lo necesitara, ya que solía levantarse tan temprano como ella para preparar el desayuno de su marido. También estaba interesada en cuidar a Bobby de un modo regular a cambio de un sueldo, aunque tenía que pensárselo un poco. Ella y su marido Jim tenían dos hijos ya crecidos que vivían por su cuenta, de manera que tenía experiencia de sobra con niños.

Tras asomarse a la habitación de Bobby para asegurarse de que seguía dormido, entró en el silencioso dormitorio principal. Encendió la luz y, mientras miraba la enorme cama que lo presidía, notó cómo aumentaba su tensión.

Capítulo 9

Leah se cepilló los dientes y se duchó por primera vez en el baño del dormitorio principal. Después se secó el pelo y se puso el camisón. Aunque había hecho demasiado ruido como para saber si Reece había entrado ya en la habitación, asumió que así había sido. Él ya se había duchado antes de la cena, como normalmente hacía, y se estaba haciendo tarde. Ya que solían levantarse poco después de las cuatro de la mañana, normalmente solían estar acostados para las nueve.

Cuando salió del baño, Reece estaba sentado en la cama con una almohada entre la espalda y el cabecero. Estaba ojeando una revista, pero al oír que Leah salía del baño le dedicó una larga mirada.

—Debería haber venido antes —murmuró—. Aún no he disfrutado del placer de soltarte el pelo del todo, pero espero hacerlo muy pronto.

Leah no pudo evitar ruborizarse. Era muy difícil no mirar el fuerte pecho de Reece y sus estrechas caderas. Él dejó a un lado la revista y apartó la colcha del lado de Leah en un gesto de silenciosa invitación. Ella se quitó la bata y la dejó a los pies de la cama.

El ambiente estaba cargado de expectación. Era evidente que aquella noche no iba a acabar con un simple masaje, pues Reece prácticamente se estaba comiendo a Leah con la mirada. La noche anterior se había quedado dormida tan pronto que no había tenido que enfrentarse al hecho de estar tumbada junto a él en unos momentos tan propicios para hacer el amor.

Pero sabía que esa noche no iba a quedarse dormida, y su tensión iba creciendo con cada latido de su corazón. Se metió en la cama y se cubrió con la sábana. Reece se tumbó de costado, descansó la mandíbula en un puño cerrado y la miró a la vez que apoyaba la otra mano en su cintura.

—Siento tu corazón latiendo a mil por hora —dijo.

Leah apartó la mirada. Estaba tiesa como una tabla y mantuvo las manos remilgadamente unidas sobre su vientre porque, por estúpido que pareciera, no sabía si debía tocarlo o no.

—No pretendo estar nerviosa —dijo, y se esforzó en sonreír—. No sé muy bien qué hacer.

—¿Qué quieres hacer?

Leah pensó un momento antes de contestar.

—Quiero sentirme libre pero segura, y no tan tensa por dentro —tras decir aquello respiró temblorosamente antes de continuar—. No quiero tomar una decisión equivocada, Reece. Me… me aterroriza que todo esto acabe siendo un desastre.

Probablemente aquélla había sido una de las mayores confesiones que había hecho en su vida, y le sorprendió la facilidad con que la había hecho. Una oleada de emoción afloró entre el torbellino de nervios y anhelo que la embargaban.

Reece apartó la mano de su cintura y le acarició la mejilla.

—Ya se han terminado los desastres para ti y para mí —la solemnidad de sus ojos resultó poderosamente persuasiva y Leah no pudo evitar rendirse a ella—. Ya llevamos demasiado tiempo sin estar realmente juntos. Ha llegado la hora de que eso cambie.

Y entonces su oscura cabeza descendió y sus frescos labios se apoyaron con delicadeza sobre los de ella. Indecisa, Leah alzó las manos para tocarle el pecho con las palmas y los dedos. Sintió el estremecimiento que recorrió el cuerpo de Reece antes de que deslizara los brazos en torno a ella. El beso fue largo y tan carnal y hambriento que Leah se sintió como si estuviera siendo devorada. No pudo evitar responder con auténtico desenfreno, ni temblar cuando él cerró con delicadeza una mano en torno a su pecho. Cuando Reece apartó los labios de los suyos, apenas logró contener un gemido de decepción. Estaban abrazados con tal fuerza que casi resultaba doloroso.

Su cálido aliento le acarició el oído.

—Dime que no, Leah —murmuró con voz ronca—. Hazlo ahora, nena.

Leah abrió la boca para hablar, pero no pudo. El terror, el deseo y las necesidades no satisfechas de toda una vida se fusionaron y centraron exclusivamente en el hombre al que había amado durante todos aquellos años. Las preocupaciones respecto al futuro parecían muy distantes y la posibilidad de amar abiertamente a Reece y de ser amada por él parecía al alcance de su mano.

No había habido ninguna declaración de amor entre ellos. También era demasiado pronto para eso, pero se preguntó si alguna vez llegaría.

—Dime que no —repitió Reece.

El repentino pensamiento de que había un límite de tiempo para todo aquello a pesar de que Reece hubiera afirmado que aquel matrimonio iba a ser para toda la vida, hizo que Leah sintiera una repentina ansiedad. Casi todas las cosas buenas que le habían sucedido en la vida habían tenido un límite, pero se suponía que las principales, como la paternidad y el matrimonio, no debían tenerlo. Sin embargo, sus padres no quisieron asumir la responsabilidad de criarla ni de mantenerse en contacto con ella.

Los matrimonios, incluso los aparentemente estables, solían acabar mal con alarmante frecuencia. El propio matrimonio de Reece con Rachel acabó trágicamente. La vida misma podía acabar de forma inesperada.

La necesidad primordial de conseguir más, de compensar todo el tiempo transcurrido sin obtener casi nada, le hizo imposible decir no a Reece. La sensación de que aquellos días especiales con él no podían durar era muy fuerte y acrecentó su necesidad.

Ni siquiera el temor a entregarse a él de la manera más íntima posible fue lo suficientemente fuerte como para salvarla de sí misma. Si todo acabara al día siguiente, o la semana siguiente, o al cabo de un año, quería al menos conservar aquello.

Reece la besó en el hombro y Leah sintió el escozor de las lágrimas en sus ojos. Volvió el rostro para besarlo en el cuello. Su piel era asombrosamente suave en aquel lugar. Él apartó la cabeza de su hombro.

—¿Leah? —dijo, sin añadir nada más. Fue la última oportunidad para ella, pero no la aprovechó.

—Ámame, Reece —susurró con urgencia—. Ámame…

Poco más puntuó el tormentoso silencio que siguió a las palabras de Leah que el sonido de unas manos encallecidas sobre la tela de su camisón y el de sus agitadas respiraciones.

Reece tiró del camisón hacia arriba y besó la sedosa piel de Leah mientras ella lo acariciaba con sus pequeñas manos y, dominada por el instinto, aprendía lo que le daba placer.

Y cuando los besos y las expertas caricias de Reece los llevaron a unirse del modo más profundo y primario, volaron sin aliento hasta un lugar de una luz y una dulzura tan intensas que casi resultaron insoportables. Permanecieron en lo alto durante unos mágicos instantes y luego comenzaron a descender poco a poco hacia la tierra, donde aterrizaron suavemente en la penumbra de la habitación.

Se besaron mientras permanecían abrazados piel contra piel, carne contra carne, poseídos por una satisfactoria sensación de letargo. Leah se quedó profunda e instantáneamente dormida, tan inmune a cualquier idea de arrepentimiento que olvidó que alguna vez había sentido tal cosa.

Reece despertó en medio de la noche y se dio cuenta de que ninguno de los dos había apagado la luz de la mesilla. Tampoco se molestó en hacerlo.

Tenía totalmente abrazado el pequeño cuerpo de Leah y se apartó un poco para verla dormir. Tenía las mejillas enrojecidas y su precioso pelo estaba por todas partes. Tomó un mechón entre sus dedos y disfrutó de su sedosa textura.

Había ido demasiado deprisa con ella, y se sentía como un bruto egoísta. Pero le gustaba sentir el cuerpo de Leah a su lado. Le gustaba mucho. Y la deseaba de nuevo, pero podía esperar.

Le conmocionó un poco darse cuenta de que su deseo por ella había hecho desaparecer de su mente cualquier pensamiento sobre Rachel. Hasta ese momento. Buscó en su mente la imagen de sus ojos verdes, de su pelo rojizo, y no encontró nada. Un frío sentimiento de pérdida se instaló en su pecho.

Sin embargo, el aplastante pesar que esperaba no llegó. No tenía sentimiento de culpa, o de deslealtad. En lugar de ello, su mente conjuró el recuerdo de los preciosos ojos de Leah entrecerrados a causa del placer. El sonido de su acompasada respiración le hizo

recordar su naturaleza tierna y dulce, que para él eran un consuelo. En el momento en que pensó aquello sintió que algo había cambiado en su interior. De inmediato supo que su pesar por Rachel se había escondido en algún lugar, y la frialdad de su pecho remitió.

Leah se movió y, aunque seguía dormida, frunció el ceño e hizo un inquieto movimiento. Reece la soltó y dejó que girara de costado y se alejara de él.

Sonrió ante la encantadora visión de su delicada desnudez. Si hubiera estado despierta y lo hubiera visto mirándola se habría ruborizado de la cabeza a los pies. Le gustaba que su esposa hubiera sido virgen hasta aquella noche. Le gustaba saber que él era el único nombre con el que había estado.

De pronto se dio cuenta de lo importante que había sido que la tratara con el máximo cuidado a pesar de la apabullante necesidad que había sentido de tomarla. Tal vez había sido demasiado pronto, pero no lo lamentaba. Sabía instintivamente que Leah ya no podría alejarse fácilmente de él, no después de haber respondido a sus caricias con aquella falta de reserva. Y una mujer como ella nunca habría permitido que pasara lo de la noche anterior a menos que tuviera la esperanza de que su matrimonio fuera a ser algo permanente.

«Ámame, Reece. Ámame…». ¿Había dicho aquello Leah porque pretendía utilizar la palabra amor, o porque se sentía más cómoda refiriéndose al sexo como a hacer el amor? Probablemente no había dicho una palabra fea o fuerte en su vida, de manera que su elección de la palabra amor sobre la de sexo podía ser meramente automática. Seguro que prefería definir lo que habían hecho como amor, no como sexo.

Y aunque había estado en guardia con él desde que Reece podía recordar, no lo estaba cuando había dicho aquello.

Se arrimó a ella para volver a abrazarla y la besó en el hombro. Luego descansó la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Debió quedarse profundamente dormido, porque no notó que Leah se apartaba de él y salía de la cama antes de que sonara el despertador.

Habían olvidado tomar el segundo trozo de bizcocho la noche pasada, y Leah había olvidado por completo decirle a Reece que Maggie podía ocuparse de cuidar a Bobby para que ellos pudieran

salir a cabalgar.

Había logrado salir de la cama sin despertar a Reece y había tomado una rápida ducha antes de vestirse. Las manos le temblaban mientras se recogía el pelo. Si lo llevaba como normalmente, su viejo Stetson no le encajaría en la cabeza, y lo tenía demasiado largo como para llevarlo suelto mientras cabalgaban.

Tras afanarse con el maquillaje, con la ropa y con su pelo para no pensar en cuánto le preocupaba la idea de ver a Reece, tuvo que reconocer que había fracasado estrepitosamente. Finalmente dejó de hacer cosas y se miró al espejo.

Nadie en el mundo le había visto comportarse como lo había hecho la noche anterior con Reece. Ni siquiera ella misma había sospechado que sería capaz de tener un comportamiento tan desenfrenado. Buscó en su rostro algún rastro de lo cedido, pero no lo encontró. Cerró los ojos y recordó sus sensaciones, su actitud desvergonzada, la completa falta de autocontrol del que había hecho gala. Hasta que Reece no se lo había demostrado, nunca había imaginado lo vulnerable que podía llegar a ser uno.

¿Qué pensaría él de ella aquella mañana?

Era un hecho que durante la noche no parecía haber tenido ninguna queja. Por otro lado, Reece había pasado muchos meses sin mantener relaciones sexuales, de manera que tampoco tendría demasiadas quejas sobre el repentino final de su celibato.

Pero era cierto que la mayoría de los hombres perdían el interés por una mujer cuando habían mantenido relaciones sexuales con ella. Y era habitual que no se tomara en serio a una mujer que accedía a tenerlas demasiado pronto.

Casi todo lo que habían hecho en aquel matrimonio había estado fuera del orden natural. Habían mantenido relaciones sexuales antes de haber desarrollado una buena relación personal. Sus motivos de la noche pasada para aferrarse a lo que Reece quisiera ofrecerle parecían totalmente insensatos a la luz del día. Probablemente había condenado al fracaso cualquier oportunidad de que aquel matrimonio funcionara.

En el instante en que dejó de preocuparse por aquella tortura para hacerlo por el hecho de no haber utilizado ningún método contraceptivo, Leah decidió que ya no podía soportar ni un segundo más de preocupación y suspense.

Cuando salió al dormitorio, Reece se estaba poniendo la segunda bota. En cuanto la vio, su mirada se volvió más cálida, lo que reconfortó parcialmente a Leah.

—Deduzco que Maggie puede ocuparse de Bobby esta mañana —dijo, y se acercó a ella para besarla.

El corazón de Leah brincó de felicidad ante aquel recibimiento. Había sido una tontería preocuparse tanto.

—¿Cómo lo sabes?

—Por cómo te has sujetado el pelo. Sólo sueles hacerlo así cuando vas a ponerte el sombrero para trabajar en el jardín, y por eso he supuesto que íbamos a salir a cabalgar. —Reece sonrió—. Al menos, eso espero.

Rodeó a Leah con los brazos por la cintura como si fuera la cosa más natural del mundo. Ella apoyó las manos en sus hombros.

—No sabía que prestaras tanta atención a detalles como ése —dijo.

—Hace unas semanas que me fijo en los detalles… pero sólo hace unos días que los memorizo.

Reece se inclinó para besarla a la vez que la estrechaba contra sí. El beso se volvió carnal y Leah sintió que el desenfreno se apoderaba de nuevo de ella. Tuvo que controlarse mucho para atemperar su respuesta, pero se había atormentado con aquello lo suficiente como para querer demostrar, al menos a sí misma, que podía controlarse.

Reece apartó un poco los labios de su boca.

—Umrnm… querida. ¿Qué te parece si te como de desayuno?

Cuando sus labios se deslizaron por la barbilla de Leah hasta su cuello, ella apenas fue capaz de seguir pensando con un mínimo de coherencia.

—Maggie dijo que… que podía estar aquí a las seis.

Era tan maravilloso estar pegada al duro cuerpo de Reece y recordar lo que le había hecho la noche pasada…

—Creo que necesitamos pasar una luna de miel en algún sitio —murmuró él con voz ronca—. Sin trabajar, sin nadie dándonos la lata… solos tú y yo.

—¿Y… Bobby? —preguntó Leah, sin aliento.

Como si aquello hubiera sido una señal, la voz del niño llegó a través de la puerta parcialmente abierta.

—Mami…

La risa de Reece sonó tensa.

—Parece que tenemos un pájaro mañanero.

Tras dar un rápido beso a Leah la soltó. Ella apartó las manos de sus hombros y un segundo después volvió a sonar la voz de Bobby, más impaciente en aquella ocasión.

—¡Mami!

—Será mejor que te ocupes de él mientras yo me afeito, mami. —Reece volvió a besarla antes de entrar en el baño.

Leah podría haber levitado de felicidad. Nunca habría imaginado que un hombre pudiera mirarla como acababa de hacerlo Reece. Como si la amara.

La mezcla de excitación, expectación y felicidad que invadieron su corazón le hicieron sentir que flotaba mientras vestía a Bobby. Reece salió de baño a tiempo para acompañarlos a la cocina.

Maggie llegó cuando ya habían recogido la mesa del desayuno. Bobby no protestó cuando se fueron porque Maggie había llevado consigo una pelota hinchable con la que quiso jugar de inmediato.

El aire de la mañana estaba un poco fresco, pero era ideal para cabalgar. Reece eligió una bonita yegua negra para Lean que ella se ocupó de ensillar personalmente. Planeaban —cabalgar relajadamente hasta un riachuelo no muy alejado del rancho, ya que hacía tiempo que ella no montaba.

—No quiero que luego tengas demasiadas agujetas —dijo Reece tras explicarle lo que tenía planeado.

Cuando ya avanzaban por uno de los pasadizos que había entre los corrales para salir a campo abierto, Lean preguntó:

—¿Has decidido ya si vas a ir mañana al baile de Hoyt?

—Será un placer llevarte. —Reece sonrió—. Discúlpame por haber tardado tanto en darte una respuesta.

Leah también sonrió. Era como si aquella mañana hubiera entrado en un universo paralelo. Un universo tan bello y perfecto que parecía contener todo en lo que siempre había soñado.

Ya estaban camino de regreso cuando aquella perfección empezó a preocuparle. Las primeras punzadas de culpabilidad comenzaron su insidiosa labor. La peor de todas tenía que ver con Rachel, pero no se sentía capaz de pensar aún en aquello. La culpabilidad más inmediata, y la que necesitaba confesar cuanto antes, tenía que ver

con el hecho de no haber utilizado ningún método contraceptivo.

Era algo de lo que deberían haber hablado, algo en lo que ella debería haber pensado antes de aquella noche. Pero una estaba casada con un hombre que nunca la tocaba, tomar la píldora no era necesario. Y la idea de quedarse embarazada de Reece no resultaba precisamente desalentadora. Quería tanto a Bobby que le encantaría tener un hermanito o una hermanita para él. O uno de cada. Bobby no debía crecer como hijo único, como les había sucedido a Reece y a ella.

Aunque Reece le había dicho en una ocasión que estaba dispuesto a tener otros hijos con ella, necesitaba saber si seguía pensando lo mismo. Y, como muchas otras cosas en su matrimonio, un embarazo en aquellos momentos sería demasiado prematuro, de manera que necesitaban tomar alguna medida de control. Esperó a que Reece la mirara para abordar el tema.

—Hace unos meses me dijiste que no tenías ninguna objeción a tener otros hijos conmigo —dijo, nerviosa, y enseguida añadió—: ¿Has cambiado de opinión?

Un destello de humor brilló en los ojos de Reece.

—¿Hemos hecho un bebé esta noche? Leah se relajó al ver su reacción y negó con la cabeza.

—No era el momento adecuado, pero tendremos que utilizar algún método hasta que consiga una receta para tomar la píldora.

—A mí no me importa vivir peligrosamente, Leah, pero eres tú la que tendrá que llevar al bebé dentro durante nueve meses, así que tú tendrás que decidir cuándo. —Reece acercó su montura a la de Leah para tomarla de la mano—. Claro que quiero tener más hijos contigo —añadió cariñosamente mientras se inclinaba para besarla.

Una oleada de emoción embargó el corazón de Leah. Al parecer era cierto que aquella mañana se había despertado en un universo paralelo. El alivio y la gratitud que sentía eran casi insoportables.

Sin embargo, ninguno de los dos había mencionado la palabra amor. Aunque ella nunca habría podido hacer las cosas que había hecho por Reece y con él si no hubiera estado profundamente enamorada, sabía muy bien que él sí podía haber actuado como lo había hecho sin estar enamorado de ella. Podía haber sido por gratitud, amistad y afecto, pero a menos que le dijera con exactitud

cuáles eran sus sentimientos, no tenía modo de saberlo con certeza.

Pero tal vez debía olvidar por completo aquella idea. Reece le estaba demostrando de muchas formas que le importaba, que se preocupaba por ella. Cuando pensó en lo agradecida que se sentía por el hecho de que el hombre al que amaba se preocupara por ella y la tratara con cariño, comprendió que se estaba volviendo demasiado avariciosa.

Reece se estaba esforzando por demostrarle que quería seguir casado con ella. ¿Por qué esperar que quisiera saltar por una aro más?

Sólo unos días atrás la vida entre ellos era tan gris que la única solución posible parecía el divorcio. Desde entonces, no sólo se había movido el eje de la tierra, sino que los polos parecían haber intercambiado sus respectivos lugares.

Además, Reece aún amaba a Rachel. No podía esperar que olvidara así como así el poderoso y profundo amor que había sentido por su primera mujer, o que decidiera de pronto que estaba enamorado de otra. Después de todo, ella nunca había sido capaz de dejar de amarlo, ni siquiera cuando estuvo casado con Rachel.

Lo que sí creía era que Reece había hecho un hueco en su corazón en exclusiva para ella. Mientras recordara aquello y se sintiera satisfecha, podía vivir sin declaraciones de amor.

¿Pero durante cuánto tiempo sería capaz ella de no declararle el suyo?

Capítulo 10

Cuando volvieron al rancho y Maggie se fue a casa, Reece estaba tan empeñado en que fueran a comprar los anillos que se llevó a Leah a San Antonio. Marie estaba libre para quedarse con Bobby y ellos pudieron ir solos a ver las tiendas.

Leah apenas pudo frustrar el entusiasmo de Reece por comprar los anillos más espectaculares, y sin duda los más caros, que pudieran encontrar. Lo distrajo insistiendo en comprar un anillo de bodas para él.

—Yo no uso anillos —protestó Reece, y ella tuvo que insistir.

—Podría perder un dedo trabajando —volvió a insistir él.

—Puedes guardártelo en el bolsillo.

Finalmente, Reece aceptó y se estaba probando un bonito anillo cuando Leah recordó que Rachel nunca había logrado convencerlo para que llevara uno. El hecho de que estuviera dispuesto a ceder con ella fue una agradable sorpresa.

Entre tanto, ella encontró los anillos perfectos. Eran preciosos y elegantes, pero no tan deslumbrantes como el que tuvo Rachel. El único desacuerdo entre ellos llegó a la hora de pagar, cuando Leah insistió en pagar el anillo de Reece.

Siempre había vivido frugalmente y aún tenía algunos ahorros, aunque iban a quedar muy mermados tras pagar el anillo. Cuando hizo recordar a Reece que aquello era un intercambio de anillos, las protestas terminaron.

Comieron en un estupendo restaurante de San Antonio y regresaron al rancho tras pasar a recoger a Bobby, que ya había

echado su siesta.

Leah no se había sentido más feliz en su vida. Cada momento que pasaba con Reece resultaba profundamente dulce y disfrutaba con su creciente cercanía. La sensación de que se hallaban verdaderamente unidos le hacía sentirse relajada y optimista, y también sentía que habría podido confiarle cualquier cosa.

Su deseo de decirle cuánto lo amaba era tan intenso que tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contenerse, pues sabía que no podía ser la primera en hacerlo.

Irónicamente, pensar en aquello hizo que su sentimiento de culpabilidad por Rachel aflorara con más fuerza que nunca.

Sabiendo cuánto amaba a Reece y consciente de la completa falta de control y sentido común de que había hecho gala la noche pasada, empezó a preocuparse de verdad por lo que pudiera decir en el calor del momento.

Un sencillo «te quiero» podía surgir con tanta naturalidad como un «te quiero hace tanto tiempo». Y ya que Reece no parecía echar de menos nada, sería lógico que se preguntara desde cuándo lo quería.

Estaba enamorada de Reece desde su último año de colegio. Los padres adoptivos con que vivía entonces tenían un rancho cercano al suyo, de manera que solía verlo a menudo.

Él era siete años mayor que ella y había tenido que ocuparse del rancho Waverly hacía un año, tras la muerte de su padre. A sus ojos, ella no debía ser más que una adolescente, pero, a pesar de que casi todo el mundo la ignoraba, él siempre se tomaba la molestia de decirle algo amable.

Perpetuamente necesitada de atención, se enamoró perdidamente de él, aunque sólo se lo confesó a Rachel al principio. Recelosa después de que ésta se burlara de ella, no volvió a mencionarlo nunca más. Trató de mostrarse distante con Reece, aunque vivía con la única esperanza de que le dirigiera de vez en cuando una mirada.

Ella y Rachel ya tenían veinte años cuando Reece empezó a salir con su amiga, y su aventura amorosa dio paso a un repentino matrimonio que dejó desolada a Leah. Pero, de algún modo, logró reconciliarse con la idea.

Después de todo, Reece no iba a enamorarse de ella y mucho

menos iba a casarse con ella. Eligió alegrarse por el hecho de que las dos personas a las que más quería estuvieran mutuamente enamoradas, aunque nunca fue capaz de eliminar sus sentimientos por Reece. Y siempre se había sentido muy culpable por ello, pues lo había interpretado como una traición hacia su amiga.

Aunque no creía que sus sentimientos encajaran en la definición tradicional del adulterio, su conciencia no había dejado de acuciarla, especialmente tras la muerte de Rachel, cuando aceptó sin reservas la propuesta de matrimonio de Reece.

La culpabilidad que aún sentía por haberse aprovechado de él en un momento tan vulnerable le hizo sentir repentinamente inquieta.

¿Debía confesárselo todo a Reece o no? Aquella pregunta no dejó de importunarla durante el resto de la tarde.

Pero aquella noche se vio tan rápida y completamente arrebatada por la forma de hacerle el amor de Reece que olvidó todos sus sentimientos de culpabilidad y su preocupación por si se le escapaba una involuntaria declaración.

El vestido sin mangas que Leah había comprado para la barbacoa tenía un ceñido corpiño con un pronunciado escote en forma de V y una larga falda con unas líneas verticales de color rojo, naranja, oro y azul que le sentaba muy bien. Mientras Bobby jugaba cerca aquella tarde del sábado, Leah se miró en el espejo del dormitorio.

Reece se acercó a ella por detrás y apoyó las manos en su cintura antes de besarla en el cuello. Vestía unos vaqueros negros y una camisa blanca especialmente elegante que realzaba el moreno de su piel.

—Estás preciosa, Leah —murmuró mientras la miraba en el espejo—. Va a ser difícil compartirte esta noche con una multitud —la sensual mirada que le dedicó fue una promesa para más tarde, y Leah sintió que su cuerpo reaccionaba al instante—. Por cierto, la canguro ya ha llegado.

—¿Le has enseñado la lista que he hecho? —preguntó ella, sin aliento. Había anotado en una hoja los teléfonos de emergencia, incluyendo el del móvil de Reece y el de el rancho Donovan, junto con una lista de dónde se encontraban las cosas de Bobby.

—Todavía no. Probablemente deberíamos enseñarle antes la casa.

Reece apartó sus manos de la cintura de Leah y tomó a Bobby en brazos mientras ella iba por su bolso. Luego fueron a enseñar la casa a Melody, la hermana de Marie, y a continuación Leah le explicó iodos los detalles de la lista.

Bobby protestó un poco cuando lo besaron para despedirse, pero ya conocía a Melody de sus visitas a la guardería de Marie, de manera que la joven pudo calmarlo con facilidad.

Una vez en la carretera camino del cercano rancho Donovan, nada pudo distraer a Leah de su sentimiento de culpa. Aunque no había logrado olvidarlo por completo durante todo el día, la cosa fue empeorando según pasaban los kilómetros. Para cuando llegaron al rancho y Reece aparcó el todoterreno, la preocupación ya lo teñía todo.

Empezaba a estar cada vez más claro que su conciencia no iba a dejarla en paz. La parte de su personalidad que recordaba con total precisión lo que había sentido al ser rechazada y abandonada por sus padres, se sentía aterrorizada ante la idea de que la historia pudiera repetirse con Reece.

Aunque no había merecido lo que le sucedió siendo niña, no había duda de que su deslealtad hacia Rachel y su afán por aprovecharse de la propuesta de matrimonio de Reece merecían un castigo.

Sin embargo, había otra vocecita en su interior que le aseguraba que podía confiar en Reece. El hombre que había sido lo suficientemente sensible como para mostrarse amable con una adolescente solitaria sabría comprender.

Lo que no comprendería sería que hubiera traicionado a su mejor amiga y el hecho de que se hubiera aprovechado de él en un momento tan vulnerable. Después de todo, ella podría haber tratado de hablar con él sobre sus preocupaciones y haberle ayudado a encontrar una solución para proteger a Bobby que no fuera tan drástica como casarse con ella. Pero optó por permanecer en silencio, incapaz de creer la buena suerte que había tenido.

Hasta el día que fueron al juzgado y empezó a comprender con exactitud lo que estaba a punto de hacer. Y para entonces ya era demasiado tarde.

Hoyt los había visto llegar y se acercó a saludarlos.

—Es una lástima que hayas traído al aguafiestas —dijo a la vez

que tomaba la mano de Leah y la estrechaba con delicadeza.

Ella no pudo evitar reír cuando Reece le hizo retirar la mano de la de su amigo y dedicó a éste una mirada de reproche.

—¿Dónde se ha escondido Eadie?

La sonrisa de Hoyt remitió un poco.

—Donde siempre se esconde. En su casa.

—Probablemente está cansada de tu calendario social. ¿A qué nueva chica has invitado a la fiesta? ¿A la rubia despeinada o a la morena que no sabe cómo abrocharse los botones de la blusa? —Reece guiñó un ojo a Leah, que apenas pudo reprimir una risa ante la adecuada descripción de las mujeres con que solía salir Hoyt.

—A ninguna de ellas —gruñó Hoyt—. Le pedí a Eadie que viniera; incluso le dije que no tenía por qué vestirse de un modo especial si no quería. También volví a ofrecerme para enseñarle a bailar, pero me dijo que no estaba interesada.

—No está interesada en los hombres —dijo Reece.

—Me temo que no —replicó Hoyt con pesar.

Su obvia decepción por la ausencia de Eadie picó la curiosidad de Lean. Casi parecía que sentía algo por ella, cosa sorprendente, ya que Eadie no se parecía nada a las sofisticadas bellezas con que solía salir Hoyt.

Leah no sabía casi nada de Eadie Webb, pues ésta siempre había estado dos cursos por delante de ella en el colegio y apenas se relacionaba.

Los tres fueron hasta el amplio patio trasero cubierto del rancho de Hoyt y se unieron al resto de los invitados. Las mesas estaban llenas de comida variada y Hoyt los dejó para ayudar a llevar las bandejas con carne. Después de que todo el mundo se hubo servido, volvió a reunirse con Reece y Leah y ocuparon una de las mesas.

La comida era excelente, y los invitados dieron buena cuenta de ella. Después de los postres, cuando la banda de música *country* empezó a tocar, Hoyt logró convencer a Reece para que le dejara el primer baile con Leah, aunque para lograrlo tuvo que renunciar a los otros dos bailes que tenía planeados con ella.

El primer baile resultó ser uno especialmente alegre, y Leah estaba riendo para cuando terminó la música y Hoyt la dejó en brazos de Reece.

Reece también era un buen bailarín, y tuvo paciencia suficiente

para enseñarle algunos pasos fuera de la pista.

—Parece que Hoyt ha renunciado finalmente a Eadie —dijo Reece más tarde, mientras bailaban una balada. Leah miró en dirección a Hoyt que estaba apoyado contra el tronco de un árbol, mirando a los bailarines con expresión seria.

—No sabía que estuviera interesado en ella.

—No lo está, pero cree que sí. Eadie es una de las pocas mujeres solteras de la zona que nunca se ha esforzado en llamar su atención, de manera que es la única soltera a la que se toma en serio. —Reece hizo una mueca—. Supongo que es el caso típico de desear lo que no puedes tener. El hecho de que Eadie no salga y no parezca interesada en los nombres sólo es un aliciente más.

Leah tampoco había salido con hombres, sobre todo porque nunca se lo habían pedido, y siempre se negó a participar en los planes que le preparaba Rachel. El hecho de que Eadie no tratara de llamar la atención de Hoyt resultaba bastante revelador, y sospechaba que su ausencia era más significativa de lo que pudieran pensar Reece o el propio Hoyt.

Era la descripción perfecta de la vida de Leah, antes y después de que Reece se casara con Rachel. Ella sabía mejor que nadie lo que era estar secretamente enamorada de un hombre sabiendo que nunca iba a ser correspondida. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por ocultar sus sentimientos, sobre todo después de que Reece y Rachel empezaran a salir.

En el caso de Hoyt, éste era un mujeriego, lo que probablemente haría que Eadie se sintiera doblemente cautelosa a la hora de tomarse en serio el interés que mostraba por ella. Y seguro que pensaba que la había invitado a la fiesta sólo por amabilidad. No había nada peor que una invitación hecha por puro formulismo. Si Eadie sabía que no tenía ninguna esperanza con Hoyt, evitaría estar con él, sobre todo en una fiesta organizada en su rancho.

Todo aquello hizo que regresaran con fuerza los sentimientos de culpabilidad que Lean había logrado mantener a raya durante unas horas. No se dio cuenta de que su preocupación había quedado en evidencia hasta que Reece dijo:

—¿Te preocupa algo, cariño?

Leah alzó la mirada, indecisa, y enseguida la apartó. Probablemente no se le presentaría una oportunidad más perfecta

para confesar lo que tanto la agobiaba, pero el riesgo que corría era tan grande que no estaba segura de tener el coraje necesario para hacerlo. Y el momento tampoco era el más adecuado.

—Me… me gustaría hablar de ello. Después —dijo.

La expresión de Reece se ensombreció un poco y, por el modo en que la miró, Leah supo que ya no había marcha atrás posible. Iba a tener que decírselo.

Eran casi las once cuando dejaron de bailar. Leah había prometido a la madre de Melody que la llevarían de vuelta a casa antes de las doce de la noche, de manera que tenían que irse.

Tras despedirse de Hoyt y del resto de sus amigos, regresaron al rancho en medio de un tenso silencio.

Melody les informó de que todo había ido bien con Bobby y Reece la acompañó hasta su coche. Mientras, Leah llamó a la madre de Melody para decirle que su hija acababa de salir.

Reece regresó a la cocina cuando ella acababa de colgar.

—¿Te apetece algo de beber? —preguntó Leah.

—No, gracias —tras un silencio, Reece añadió—. ¿Qué era lo que querías contarme?

Leah estaba demasiado inquieta como para sentarse. Unió las manos nerviosamente antes su regazo mientras buscaba un modo de empezar.

—Esta tarde, mientras me hablabas de Hoyt, he pensado que es posible que sea Eadie la que… sienta algo por él.

Su teoría pareció divertir a Reece, que sonrió.

—Si siente algo por él, tiene un modo muy curioso de demostrarlo.

Leah se esforzó por sonreír.

—Puede que tengas razón, pero pensar en ello me ha hecho comprender que debía contarte algo que hice. Algo que estuvo muy mal. De hecho, se trata de más de una cosa, y tienes que saberlo.

Reece la miró con escepticismo.

—¿Qué puedes haber hecho que te preocupa tanto?

Leah trató de respirar hondo, pero estaba demasiado tensa para lograrlo y no sabía cómo empezar.

—Yo sentía algo por un hombre casado —dijo, y su cobarde forma de expresarse le produjo deseos de llorar—. Nunca hice nada respecto a esos sentimientos y nadie llegó a enterarse de nada, ni

siquiera Rachel. Hasta ahora.

Reece se acercó a ella pero Leah fue incapaz de alzar la mirada.

—¿Sigues enamorada de él? —Por el tono de Reece, ella supo que se estaba tomando aquello en serio.

—Cuando lo conocí yo tenía diecisiete años. —Leah alzó un momento la mirada, pero enseguida la bajó—. Me enamoré perdidamente. Era un hombre atractivo y amable, y estoy segura de que nunca llegó a sospechar nada —respiró hondo para continuar—. Cuando se enamoró de mi mejor amiga y luego se casó con ella no pude dejar de amarlo.

Sintió la sorpresa de Reece al escuchar aquello y se volvió para alejarse unos pasos. Con el corazón desbocado a causa de los nervios, apretó los puños para poder continuar.

—Amarte fue una deslealtad hacia Rachel y una traición a la amistad que me profesaba —las palabras surgieron junto con unas lágrimas que Reece no pudo ver—. Me aproveché de ti cuando más vulnerable eras. Durante estas últimas semanas he comprendido que no podía soportar que siguieras siendo tan infeliz, y por eso te ofrecí el divorcio. Pensaba que con eso te compensaría por todo lo demás… —Tuvo que interrumpirse para controlar el temblor de su voz—. Pero todo ha sucedido tan rápido esta semana… Había empezado a pensar que aún teníamos alguna posibilidad de ser felices y que no tenías por que enterarte de nada de esto —tras haberlo dicho casi todo, sintió que parte de su tensión desaparecía—. Pero yo lo sé. Y ahora, tú también lo sabes.

Trató de frotar con las manos las lágrimas que corrían por sus mejillas mientras esperaba a que Reece reaccionara. Cuando notó las grandes manos de éste en su cintura casi se sobresaltó. Entonces la rodeó con sus brazos, la atrajo hacia sí y apoyo su mejilla en la de ella.

—Oh, querida —murmuró—. Querida…

Leah sintió que su corazón temblaba al escuchar la ternura de su voz. Reece la besó en la mejilla a la vez que la estrechaba con fuerza contra sí.

—Nunca lo habría imaginado, Leah, pero en realidad fui yo quien se aprovechó de ti. Tú querías a Bobby y yo utilicé tú devoción por él para conseguir lo que quería. Te privé de la posibilidad de encontrar un marido que te amara sólo a ti, y en

determinado momento ya no me bastó con recordarme que me había casado contigo para proteger al niño. Pero entonces viniste al estudio el otro día y soltaste esa pequeña bomba… —Reece alzó la cabeza y aflojó los brazos con que ceñía la cintura de Leah, que se sentía como si estuviera de pie sobre el filo de una navaja.

«Te privé de la posibilidad de encontrar un marido que te amara sólo a ti». Aquello había sonado como la confirmación de que Rachel siempre ocuparía un lugar predominante en el corazón de Reece.

No opuso resistencia cuando él la hizo girar y le hizo alzar el rostro para que lo mirara.

—Lo peor es que trai… —empezó a decir Leah, pero Reece apoyó con delicadeza un dedo en sus labios para hacerle callar.

—Fuera lo que fuese lo que sintieses, jamás dijiste una palabra ni me dirigiste una mirada significativa —sonrió débilmente—. De hecho, casi siempre he creído que no te gustaba en absoluto.

Leah sintió la primera oleada de alivio al oír aquello.

—Me he esforzado tanto por dejar de quererte —dijo, temblorosa—. Tanto…

—Eso no es algo que pueda hacerse a voluntad, como abrir o cerrar un grifo —dijo Reece con voz ronca—. Se quiere o no se quiere. Pero tú jamás hiciste nada que pudiera dañar mi matrimonio con Rachel. Fuiste más leal a ella y a su felicidad que a lo que sentías por mí —hizo una pausa y volvió a sonreír—. En cuanto a lo de aprovecharte de mí en un momento de debilidad, hay que reconocer que estamos empatados. Y tal y como están resultando las cosas, creo que habríamos acabado casándonos de todos modos. Tú habrías seguido viniendo a ver a Bobby de todos modos y yo habría acabado por verte de verdad, como el otro día. De un modo u otro, habríamos acabado en la cocina alguna noche —alzó las manos para tomar entre ellas el rostro de Leah. Ella apoyó las suyas en su cintura—. Así que espero que aún me quieras, señora Waverly, porque yo ahora estoy enamorado de ti. Leah se sintió poseída por un intenso júbilo mientras Reece inclinaba la cabeza para besarla con delicadeza. Tras hacerlo, apartó sus labios de ella lo justo para susurrar:

—Nunca habría creído que volvería a sentirme así, como si estuviera completo de nuevo, pero tú lo has conseguido, Leah. Te

quiero, nena.

Con el corazón latiendo de felicidad, Leah se aferró a él como si fuera un salvavidas.

—Y yo te quiero tanto, Reece, tanto… Siempre, siempre…

Reece se inclinó para tomarla en brazos, la besó y se encaminó con ella hacia el dormitorio.

Pasaron un momento por la habitación de Bobby y tras comprobar que dormía plácidamente entraron en la suya.

Su forma de hacer el amor aquella noche fue tanto una dulce celebración como un glorioso preludio a una larga y satisfactoria vida en común. Nacieron más niños. Tres. Dos niñas y un niño.

Ninguno de los dos olvidó nunca a Rachel, pero el dolor del pasado se fue difuminando, aplacado por un amor y una ternura que iluminaron regularmente sus corazones con repentinos efluvios de radiante felicidad.

FIN



Susan Fox se crió con su hermana, Janet, y su hermano, Steven, en una superficie de cerca de Des Moines, Iowa, donde, además de gatos y perros callejeros había dos caballos y ponis; su mascota favorita y confidente era Rex, su marrón y negro caballo castrado pinto.

Susan ha criado a dos hijos, Jeffrey y Patrick, y actualmente vive en una casa que ella riendo refiere como el relleno sanitario y depósito de libros. Ella escribe con la ayuda y el estorbo de cinco traviesos felinos de pelo corto: Gabby, un hablador carey percal; Buster, un sólido de león amarillo con patas blancas y las marcas faciales, y su hermana, Pixie, un calicó tricolor; Toonses, una regordeta negro y negro, y el diabólico alegremente, juguetona tigre negro Eddie, también conocido como amante de Eduardo.

Susan es una fan bookaholic y cine que ama vaqueros, rodeos, y el oeste de Estados Unidos, el pasado y el presente. Ella tiene un gran interés en contar historias de todo tipo y en la política, y ella dice los dos son a menudo intercambiables.

Susan le encanta escribir caracteres complejos en situaciones emocionalmente intensas, y se espera que sus lectores disfrutan de sus historias rancho y son elevados por sus finales felices.

Sitio web oficial: http://www.susanfox.org/